



José Félix Navea
MATOVELLE

Autobiografía
(1940-1970)

EDITORIAL TORRES

Amada Castillo

José Julio María
MATOVELLE

Autobiografía
(Vida espiritual)

SERIE MATOVELLE Nº2

"Puede imprimirse el librito
Memorias Intimas o Vida Espiritual
del Rvmo. Padre Julio María Matovelle"

Vicente R. Cisneros Durán
Arzobispo de Cuenca

Cuenca, abril 6 del 2.004

Diario Espiritual
José Julio María Matovelle

Diagramación e Impresión:
Gráficas Iberia
Bogotá OE3-45 y Av. América
25 21 529

Quito - Ecuador, mayo 2004

PRESENTACIÓN

Esta "Autobiografía" del Venerable Padre Julio María Matovelle, Fundador de los Misioneros Oblatos y las Religiosas Oblatas, está en sus manos con el único propósito de que usted encuentre en sus páginas a un hombre que al desarrollarse en sus diferentes etapas de la vida, tiene como hilo conductor de sus acciones a Dios y a la Santísima Virgen.

Sin que usted se lo proponga, estas páginas le llevan a sentir con el Padre Julio cómo, al realizar su vida diaria, Dios y la Virgen María, son las razones de su "hacer bien" todas las cosas.

Si mira que por un camino está la vida diaria, la profesión o el trabajo y por otro camino la actividad religiosa, sin tener nada que ver la una con la otra, encontrará en la figura del Padre Julio, cómo su difícil niñez, su inquieta juventud, su brillante acción parlamentaria, su sacerdocio, fueron oportunidades para vivir con "grandísimo júbilo" la presencia de Dios en lo cotidiano.

El Padre Julio Matovelle cuenta cómo la vida diaria no puede estar lejos de Dios porque Él es el dueño de la vida y lo que es mejor, con su ejemplo enseña cómo vivirla.

INDICE

Dedicatoria	7
Capítulo I La Protección de mi infancia: Mi tesoro.	9
Capítulo II El voto de castidad	13
Capítulo III La recepción de los Sacramentos, al amparo de la Virgen Santísima	17
Capítulo IV Mis primeras devociones a la Virgen Santísima ...	21
Capítulo V Mi anhelo por servir y amar a la Virgen Santísima	25
Capítulo VI Mi ingreso a la Congregación de la Virgen Santísima	31
Capítulo VII Mi voto de Consagración a la Virgen Santísima ...	37
Capítulo VIII Mis ingratitudes con la Virgen Santísima	41
Capítulo IX Preparación al Sacerdocio	43
Capítulo X Mi Vocación al Sacerdocio	49
Capítulo XI Mi Ordenación Sacerdotal	59
Capítulo XII Mi Primera Misa	65
Capítulo XIII María es mi Madre	69
Capítulo XIV <i>Et in electis meis radices</i>	75
Capítulo XV La ermita de mi corazón	77
Capítulo XVI Nuestra Señora de la Acción de Gracias	81
Capítulo XVII Bajo el Manto protector de María	85
Capítulo XVIII Finezas de la Santísima Virgen para conmigo	89
Capítulo XIX Protección especial que me ha dispensado la Santísima Virgen, en varios accidentes graves de mi vida	93
Capítulo XX Mis siete Votos en honor de la Virgen Santísima	101
Capítulo XXI Mi pacto con la Santísima Virgen	115
Capítulo XXII Dos insignes favores de la Santísima Virgen	119
Capítulo XXIII De otros favores y gracias de que soy deudor a la Santísima Virgen	127

MEMORIAS INTIMAS
O VIDA ESPIRITUAL (1)

María es mi Madre

*Memoria de algunos beneficios especiales que he
recibido de la Virgen Santísima.*

DEDICATORIA

¡Virgen Santísima, Reina y Madre mía, dulce y amadísima!: Mi cuerpo y mi alma, sentidos y potencias, mi vida y mi ser todo os pertenecen; sin embargo, hallándose el año de 1904, que hoy principia, dedicado por la Iglesia Católica a conmemorar el primer jubileo de la proclamación del dogma de vuestra Concepción Inmaculada, queriendo por mi parte, en cuanto lo permite mi miseria, cooperar en algo a vuestra mayor honra y gloria, os consagro, ¡oh amabilísima Reina!, el año presente, todo entero; y como homenaje humilde de este pequeñísimo siervo vuestro, póngome a escribir estas memorias, donde deseo consignar los principales beneficios que de vuestra bondad maternal he recibido en el

(1) Publicado en Quito. Imprenta "El Sagrado Corazón", 1939

Autobiografía (Vida Espiritual) 7

curso de mi vida. El recuerdo de estas gracias me servirá de estímulo para no ser tan ingrato para con Vos, como lo he sido hasta hoy, para servirlos con fidelidad en adelante y amarlos con todas las fibras de mi corazón. No dejaré en día alguno de este año de trazar siquiera una línea en este escrito. Vos, Madre bondadosísima, dignaos bendecir este humilde trabajo en olor de suavidad. - Amén.

Cuenca, Enero 1º de 1904. Fiesta de la Circuncisión de Nuestro Señor.

LA PROTECTORA DE MI INFANCIA: MI TESORO

Escribo estas líneas para cumplir una penitencia sacramental que me impuso un confesor y para testificar la gratitud inmensa que debo a la Virgen Santísima por haber sido la Protectora de todas las épocas de mi vida, especialmente de mi infancia.

Señales y como anuncios de esta protección poderosa en mi favor, fue haber nacido el 8 de Septiembre, día en que se celebra la fiesta de la Natividad de la Virgen Srma. y hacia el tiempo en que fue proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción, es decir dos años antes solamente de este grandioso acontecimiento, o sea, en 1852.

De manera que la primera solemnidad que en mi vida he presenciado y de la cual recuerdo distintamente hasta ahora, fue la fiesta esplendidísima que celebró Cuenca al recibir la noticia de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Tales fueron las primeras impresiones piadosas que recibió mi alma.

Tendría tres o cuatro años solamente de edad, cuando poniendo mi vista en la tierra, encontré

Autobiografía (Vida Espiritual) 9

tirada en el suelo una pequeña imagen de Nuestra Señora de los Dolores, con el corazón traspasado por las siete espadas; era un grabado hecho al humo y en papel. Esta fue la primera cosa propia que he tenido en mi vida. Este pequeño incidente ha decidido eficazmente de todo el rumbo de mi existencia; pues parece que con esto me quiso el cielo enseñar que en este mundo no había de tener yo otra propiedad que la Santísima Virgen, que ha venido efectivamente a *ser pars haereditatis meae et calicis mei*. Desde entonces mi devoción predilecta ha sido siempre la de los Dolores de la Srma. Virgen. Devoción que por decirlo así me vino del cielo directamente, pues no me la enseñó nadie. Apenas supe leer, la primera cosa que aprendí en un librito piadoso que se me vino a las manos (un Ejercicio cotidiano) fue la devoción a los Siete Dolores, que desde aquel entonces no recuerdo haberla dejado de rezar todos los días, hasta el momento presente.

No se me ha borrado de la memoria la profunda pena que hirió a mi alma, cuando siendo niño de cinco años oí por primera vez el relato de la Pasión de N. S. Jesucristo; fue una impresión tan viva y dolorosa que me parece sentirla aún. Era de noche, al resplandor de un cirio, y nos hallábamos en la Semana Santa, cuando por motivo de las procesiones de Pasión que en aquel tiempo se acostumbraba hacer, recayó la conversación sobre los tormentos del Salvador. No había oído yo antes, la historia de la Pasión, o no me había dado cuenta de ello, pues el relato de ésta me conmovió entonces hasta lo profundo del alma.

Entre todas las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores, veneradas en Cuenca, la de mi devoción especial, desde niño, fue siempre la de la iglesia de la Merced; muchas veces, siendo aún pequeñito, iba desde mi casa a dicho templo, solamente por visitar a la hermosa efigie de la Virgen Dolorosa. La Reina del cielo ha querido pagarme esta pequeña devoción, confiando a mi guarda esta querida imagen, junto con el templo de la Merced. Siendo de advertir que la casa en que nací se halla situada precisamente en el barrio de la Merced, a media cuadra sólo de este templo; de modo que vine al mundo a la sombra del santuario mencionado, al amparo de la Virgen Santísima.

La Señora piadosa (era una tía mía paterna) que me había adoptado por hijo, y que tenía para conmigo el amor y solicitud de una verdadera madre, a quien amaba yo entrañablemente murió con una muerte bien santa cuando yo contaba aún cinco años de edad.

Esto fue para mí una inmensa pérdida; esta muerte derramó en mi alma un mar perpetuo de amargura y me dejó en la más dura y triste orfandad. La vida se convirtió para mí en un verdadero destierro, una soledad profunda en un doloroso abandono. Durante toda la vida, pero más especialmente en mi infancia y juventud, he saboreado todo el acíbar de la tribulación, sin hallar muchas veces consuelo ni auxilio de parte de los hombres.

La Virgen Santísima era entonces, lo que es hoy y lo será siempre, mi refugio y protección. Cuán dulce me ha sido, durante toda la vida, acudir al

Autobiografía (Vida Espiritual) 11

amparo poderosísimo de esta amabilísima Reina, seguro de encontrar bajo su manto, consuelo en mis penas, remedio a mis necesidades, salud en mis enfermedades, luz en mis tinieblas, consejo en mis dudas y socorro eficaz en toda circunstancia.

No solamente la fe, la experiencia diaria nos enseña que María ha sido constituida por Dios, en medio del pueblo cristiano, representante de su Providencia amabilísima, en favor de todos los necesitados.

El Voto de Castidad

La Virgen Santísima oyó benignamente mis ruegos, pues me tomó bajo su amparo y protección, de modo tan eficaz, que, a pesar del abandono y orfandad en que transcurrieron mi infancia y juventud, sin tener a persona alguna que velara por mí, me vi libre de espantosos peligros de perderme, por la acción únicamente de la gracia divina. Entonces no me daba yo cuenta de esos peligros y asechanzas del mundo y el demonio, pero ahora conociendo por experiencia del ministerio sacerdotal cuan débil es la resolución de un niño y cuánta seducción se esconde en aquellos peligros, veo que solamente la protección maternal de la Santísima Virgen pudo haberme arrancado de las fauces del vicio. Una mala amistad, una conversación indecente bastan muchas veces para hundir a un joven en los abismos del vicio, para siempre.

Mi condición de huérfano y la falta total de una persona que velara por mí, me exponía incesantemente a toda clase de vicios y peligros, pero en todas las circunstancias venía siempre a mi socorro una mano invisible y, cual si me tomara por los cabellos, me sacaba de entre precipicios horren-

Autobiografía (Vida Espiritual) 13

dos, de entre las más deshechas borrascas, y me conducía nuevamente a la seguridad del puerto. Grande ha sido en todo el tiempo mi miseria y muchos mis pecados, pero más desastrosa aún, habría sido mi ruina si la Santísima Virgen no hubiese acudido en mi socorro.

Conociendo pues ya algo de mi profunda miseria y de los peligros del mundo y de la carne, advertí que el único remedio para escapar del abismo de perdición, en que me iba ya hundiendo, era acudir al patrocinio seguro y eficaz de la Virgen Santísima.

•Era yo entonces niño como de nueve o diez años y frecuentaba bastante la antigua iglesia del Corazón de Jesús de esta ciudad. Venerábase en el retablo principal del mencionado templo, una hermosa imagen de la Santísima Virgen, bajo el título de la Luz; estaba representada la Reina del cielo en actitud de levantar con la mano derecha, a un joven, a quien trata de devorar un disforme dragón, mientras con la mano izquierda sostiene al Niño Jesús, que se inclina hacia un ángel que hincado una rodilla en tierra ofrece en una costilla varios corazones como don muy del agrado del Infante Divino.

•Hallándome una tarde orando delante de esta tan significativa imagen de Nuestra Señora de la Luz, me sentí irresistiblemente movido a consagrarme a la Santísima Virgen. En un arranque pues de fervor hice a mi dulcísima Madre el voto de guardar perpetua virginidad, hasta la muerte. Por entonces no comprendía bien el alcance ni

todos los deberes de este voto, pero después, con más advertencia y reflexión, transformé el compromiso anterior en voto de perfecta y perpetua castidad. Reconozco ahora, con tierna gratitud, que este voto es la cadena de oro con que la Inmaculada Virgen me ató para siempre a su servicio y me arrancó de las fauces del mundo, del demonio y del pecado. Este voto, que siempre he deseado guardar con fidelidad, a pesar de mis numerosas faltas y miserias, ha sido para mí como el arca de salvación en que he escapado del diluvio del mundo y de los escollos mil de perdición que en su piélago se esconden.

En medio de los bailes y reuniones más atractivas y seductoras, el recuerdo del sagrado compromiso que tenía contraído con la Santísima Virgen, me obligaba a entrar en mí mismo y vigilar sobre mis inclinaciones y afectos; y luego, en vez de agradarme aquellas escenas de lo que se llama el gran mundo, no hacían sino provocar en mi interior profundo hastío y menosprecio por las cosas del siglo, y no pocas veces el deseo de retirarme a la soledad del claustro para encontrar el contento y quietud que no se encuentra jamás en las vanidades del siglo. Reconozco que todo esto era una gracia extraordinaria que me venía del cielo, por la mediación de la Virgen Santísima.

• Al andar del tiempo y siendo ya de veinte a veinticinco años, el demonio redobló sus esfuerzos para hacerme faltar a mi voto o, al menos, arrepentirme de él; hicieronse propuestas de matrimonio, al parecer ventajosas, y el mundo me brindaba con sus halagos, pero la Santísima Virgen

Autobiografía (Vida Espiritual) 15

me protegió contra todos estos asaltos y auxiliado de la divina gracia jamás me he arrepentido de aquel sagrado compromiso, por cuyo cumplimiento, mediante el amparo de la Inmaculada Virgen, espero que Dios me perdonará mis pecados y me admitirá en su gloria.

LA RECEPCIÓN DE LOS SACRAMENTOS,
AL AMPARO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Tuve la dicha de nacer en una de las fiestas más grandes de la Virgen Inmaculada, la de su Natividad gloriosa y al acercarse la solemne proclamación del hermoso dogma de su Concepción Inmaculada, esto es, el ocho de Septiembre de 1852.

Dos días después fui bautizado en la iglesia parroquial del Sagrario o sea el templo de la Compañía de Jesús que no existe ya al presente.

Siendo de no poco consuelo para mí el que haya sido bautizado en esa iglesia, pues en ella establecieron los antiguos Jesuitas, en el siglo XVIII, la primera, grande y célebre Congregación de Nuestra Señora de los Dolores que ha habido en Cuenca.

Junto al bautisterio, donde tuve la dicha de recibir la gracia de la generación espiritual, se veneraba en aquel templo un lienzo hermoso de Nuestra Señora de los Dolores, propiedad de los antiguos Jesuitas; de modo que la Madre de los Dolores fue la que me tomó en brazos al presentarme a las

Autobiografía (Vida Espiritual) 17

fuentes bautismales y, a la sombra de esta Madre dulcísima, nací a la vida de la gracia.

Era costumbre en mi familia consagrar a todos los niños a una imagen determinada de la Virgen Santísima; yo me consagré al Corazón Purísimo de María, en la piadosa capilla de este título, que existe en Cuenca, fuera de la ciudad, cerca de San Blas. Como esta capilla pertenecía a una familia muy amiga de la mía, era ese pequeño templo el que yo frecuentaba más a menudo que en ningún otro de la ciudad; en él asistía a las fiestas religiosas, la misa y el trisagio de la Santísima Trinidad que, con el Santísimo expuesto, se celebraba todos los domingos; fiestas cuyo recuerdo dulce y poético vive impreso en lo profundo de mi alma.

Una persona piadosa que habiendo sido mi nodriza, cuidaba a veces de mí, cuando niño, concurría a esa humilde capilla todos los sábados para adornar con flores el altar del Corazón Purísimo de María. ¡Qué grato me era entonces ir también yo con mis pobres ramilletes de romero, albahaca, claveles, rosas y azafranes, a cooperar, a mi modo, al adorno del templo de mi Madre dulcísima! Hasta las flores ya marchitas y secas caídas de su altar, tenían para mí un encanto especial y me las guardaba por muchos días. La capilla del Corazón de María era para mí el Paraíso y el Tabor. De aquí proviene la devoción particular que he profesado desde niño y profesaré hasta mi muerte al Corazón Santísimo de la Virgen; de lo cual tendré ocasión todavía de hablar más adelante.

Hallándose, cierta vez, mi nodriza enferma de muerte, de la capilla antedicha le llevaron, por un

favor especial, la pequeña escultura que representaba el Corazón I de la Virgen, atravesado por una espada, arrancándolo del pecho de la estatua de María. Fue cosa admirable, porque hallándose la enferma ya desahuciada del médico, en el mismo día que la llevaron aquella insignia preciosa, principió a restablecer de su mal y, a poco, estuvo enteramente sana. Esta fue la primera muestra de protección particular, por no decir el primer milagro de la Santísima Virgen presenciado por mí, en mi vida.

La primera comunión la hice, siendo niño de nueve años, en el templo de Santo Domingo de esta ciudad, ante un altar lateral donde era singularmente venerada Nuestra Señora del Rosario, representada en el hermoso lienzo que hoy está suspendido en el presbiterio de dicha iglesia, al lado del evangelio.

Mi maestro de escuela, bajo cuya dirección aprendí las primeras letras y que ahora es el digno y Vble. Sr. Canónigo Dr. Dn. Manuel María Cuesta, me enseñó entre otras cosas la devoción del santo Rosario; y como la escuela donde me eduqué estaba situada en una de las celdas del antiguo y ruinoso convento de Santo Domingo, mi infancia transcurrió al amparo de Nuestra Señora del Rosario y al calor de esta devoción preciosa. Fue, pues, para mí una gracia no pequeña hacer mi primera Comunión en una fiesta del Rosario y ante un altar de esta Virgen soberana.

El sacramento de la Confirmación lo recibí (y lo recuerdo muy claramente) en el templo de San Sebastián, siendo yo niño de cuatro años, poco

Autobiografía (Vida Espiritual) 19

más o menos; me lo administró el Gobernador Eclesiástico de la Diócesis, que era el Canónigo Dr. Dn. Mariano Vintimilla. Fue padrino mío de confirmación el mismo Sr. Cura de San Sebastián, Dr. Vivar. Recibí este sacramento hermoso, ante el altar e imagen de Nuestra Señora de las Nieves, venerada hasta hoy en aquella iglesia.

En la confirmación se me puso el nombre de María, agregándolo a los de José Julio, dados en el bautismo; advirtiendo que el nombre de María es el más propio de los que llevo, por haber nacido el ocho de Septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen y es por lo mismo el nombre que aprecio más que todos y hace toda mi gloria.

Mis primeras devociones a la Virgen Santísima

Siendo la infancia la época decisiva de la vida así para el bien como para el mal, me complazco en recordar, tributando acciones de gracias a Dios por ello, que desperté a la existencia en medio de un ambiente embalsamado con los celestiales aromas de la devoción a la Virgen Santísima.

Las grandes y solemnes fiestas de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción fueron las primeras solemnidades religiosas que impresionaron mi corazón y fantasía infantiles.

Las fiestas sencillas y grandemente poéticas de la Capilla del Corazón de María vinieron en seguida a ser como el párvulo de mis primeras efusiones de piedad.

En mi propia casa se honraba, con culto extraordinario, a una pequeña y muy devota imagen de Nuestra Señora del Tránsito y con tal motivo este misterio hermoso hizose para mí objeto predilecto de una tierna y constante devoción.

Autobiografía (Vida Espiritual) 21

Con perfecta claridad recuerdo todavía, y me parece ver aún, la pequeña imagen mencionada de la Virgen, recostada en un lecho de flores, con los ojos entornados por el sueño de la muerte y con los labios animados por una amable y dulce sonrisa. Desde entonces data mi devoción al Tránsito de la Inmaculada Virgen.

Las primeras imágenes de la Reina del cielo que he tenido en propiedad, fueron: primeramente la pequeña estampa de Nuestra Señora de los Siete Dolores que, por casualidad, la encontré tirada por el suelo, sin que jamás apareciera dueño alguno a reclamarla, y, segundo, una imagen o escultura de bulto de Nuestra Señora del Tránsito que me complacía en adornarla con toda la pompa y suntuosidad que estaban a los alcances de un niño pobre y desamparado y que mi fantasía infantil me las representaba.

Otra de las imágenes de la Santísima Virgen y que la conservo hasta hoy que impresionan mucho mi corazón y fantasía de niño fue una pequeña pintura al óleo de Nuestra Señora de las Mercedes, la Peregrina de Quito, en torno de la cual están pintados cuatro de los principales milagros realizados en América, por aquella celeberrima advocación.

Fue este cuadro el que me hizo conocer la devoción a Nuestra Señora de las Mercedes, a la que soy deudor de muchas gracias muy especiales, especialmente la de haberme proporcionado el templo y claustro en que el Instituto de Sacerdotes Oblatos se ha establecido en Cuenca.

Siendo niño como de siete a ocho años principié a rezar diariamente, en honra de los dolores de la Virgen Santísima siete piadosas estrofas con otras tantas Ave Marías; y con el favor de Dios he continuado esta práctica fielmente hasta el día de hoy, habiendo añadido con el tiempo el rezo diario también del himno Stabat Mater y de Siete Ave Marías en honra de la Soledad de la Virgen Santísima.

•Así mismo desde niño tomé la costumbre de rezar cada día, en honra de la Inmaculada Concepción, tres Ave Marías pidiendo a la Reina del cielo que me alcance de Dios la virtud de la pureza.

•Otra de mis devociones predilectas ha sido la del santo Rosario que con el favor de Dios he procurado rezar todos los días de mi vida, siendo pocos aquellos e que haya omitido esta tan excelente práctica de piedad.

Mi ANHELO POR SERVIR Y AMAR
A LA VIRGEN SANTÍSIMA

Todas las antedichas prácticas piadosas y otras que pudiera enumerar, no satisfacían los anhelos de mi corazón, al contrario, sentía un vacío que nada era capaz de llenar. Deseaba amar después de Dios a la Santísima Virgen con todas las fuerzas de mi alma, pero conocía que no había en mí este amor ferviente y anhelado y esto me llenaba de pena y sinsabor. Mi único recurso entonces era la oración: pedía y clamaba a Dios Nuestro Señor que se dignase concederme una grande y ferviente devoción a la Virgen Santísima; y a esta misma dulcísima Señora la pedía también que interpusiese su mediación poderosa para alcanzarme esta gracia.

Con el mismo fin acudía a la intercesión de los santos, así de los que peregrinaban todavía en la tierra, como de los que reinan ya en el cielo.

Y como, por entonces, era célebre y famosa en todo el mundo católico santidad extraordinaria y heroica del Papa Pío IX, a quien he profesado yo toda la vida especial culto y amor, me dirigí, pues,

Autobiografía (Vida Espiritual) 25

en espíritu al Santo Padre, mientras vivía aún en el mundo, y le pedí tres gracias:

1º a que me alcance del cielo una tierna y fervorosa devoción a la Virgen Santísima;

2º a la gracia de no apartarme jamás de profesión de los principios católicos en ninguna materia pero muy especialmente en ciencias políticas; y

3º a que antes que el Santo Padre muriera me otorgase la gracia de poder visitarle personalmente en Roma.

Conocí palpablemente, pudiera decir, que Pío IX escuchó mi súplica, porque me alcanzó las dos primeras gracias; pero desgraciadamente no pudo yo hacer el viaje tan deseado a Roma y así murió el Papa de la Inmaculada antes de que pudiera conocerle.

Quejábame en cierta ocasión de que aquel Siervo de Dios no me hubiese alcanzado esta gracia, cuando, poco después, una noche tuve este sueño me pareció que de repente me encontraba yo en Roma y era admitido a la audiencia del Papa; entré en una modesta pieza, adornada con un sencillo pupitre y he aquí que sale a mi encuentro la Santidad de Pío IX, vestido con su sotana blanca, radiante de gloria y benignidad.

La aparición no duró sino un instante, porque así como el Santo Padre me recibió con aquella inexplicable dulzura, al momento me señaló con la mano algo que debía llamar mi atención al frente; volví la cabeza para mirar qué era aque-

llo, y vi pintado en la pared de enfrente una barca y este letrero al pie: Barca de los Hijos del Zebedeo, y desapareció la visión, pues me desperté inmediatamente.

Pero aquella manifestación de Pío IX no fue un sueño, porque fue tan espléndida y hermosa que la recuerdo aún hoy con tanta claridad, como si en este momento la viera, siendo así que han pasado ya tantos años.

Como para comprobar que la visión antedicha no era meramente un sueño, referiré el siguiente milagro que, por aquel mismo tiempo, obtuve de la protección de la Santísima Virgen, por la mediación de Pío IX. Mi infancia discurrió no solamente en la pobreza y la orfandad, sino en medio de acerbos dolores.

Siendo niño como de nueve años, padecía de una horrible apostema que se formó en el muslo izquierdo, me hizo padecer muchísimo y me tuvo postrado en cama cerca de un mes.

Antes, siendo nada más que de cuatro años padecí de una disentería muy tenaz que me tuvo a las puertas de la muerte, por un año poco más o menos. Siendo de diez años me enfermé, sucesivamente, del sarampión y unas viruelas muy malignas: que fue gracia de Dios no muriera.

A consecuencia de todas estas enfermedades, probablemente, llegué a contraer unas neuralgias dolorosísimas que me atacaban ya a la cabeza, ya al oído derecho, con tal vehemencia, que necesitaba de un gran auxilio del cielo para no

Autobiografía (Vida Espiritual) 27

estrellarme contra una piedra: tal era el tormento que sufría.

Así continué padeciendo de este dolor veheméntísimo de oído, hasta que murió Pío IX.

Entonces, procuré conseguirme una reliquia de este gran Siervo de Dios y la obtuve, efectivamente: era una firma de aquel gran Pontífice, en un pequeño pedazo de papel, recortado de una carta latina. Cierta ocasión que me vi acosado de aquella terrible dolencia, por la noche, no tuve otro recurso que clamar a la Santísima Virgen, pidiéndole que por los méritos de su Siervo Pío IX, me alcanzase de Dios la salud.

Tomé al intento unas gotas del agua milagrosa de Lourdes, que tenía conmigo, y las puse en el oído enfermo, recostándome del lado izquierdo en la cama, así vestido como estaba; era como media noche; enseguida tomé la reliquia de Pío IX y la puse sobre el mismo oído.

Al instante se recrudeció el dolor de modo insopportable, por cuatro o cinco minutos; pero luego me dormí tan profundamente que no me desperté sino ya muy entrada la mañana del siguiente día; entonces advertí que habían caído del oído enfermo algunas gotitas de sangre en la almohada, con lo cual me había desaparecido el dolor y tan por completo que, desde aquella fecha hasta hoy, no he vuelto a sentir más.

En estos días he vuelto a tener un sueño relativo a Pío IX que no sé si es un hecho sobrenatural. Me parecía hallarme afuera de una iglesia y

que, dentro de ella, predicaba el Santo Pontífice; las únicas palabras que alcancé a oír fueron: *Christus regnat*.

Al instante se hizo sentir un gran golpe en mi pieza y desperté, pero repitiendo las misteriosas palabras: *Christus regnat*, y añadiendo entre mí: *Christus vincit, Christus imperat*; y por lo mismo también: *María regnat, María vincit, María imperat*. ¿No es éste el año de la Inmaculada Concepción? ¡Oh, sí: reine Jesús y María en todo el mundo, pero más especialmente aún en mi alma que debe ser su reino singular, por cuanto les está especialmente consagrada! ¡Que el gran Siervo de Dios, Pío IX, me alcance esta nueva gracia del cielo!

MI INGRESO A LA CONGREGACIÓN
DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Una de las gracias más grandes que he recibido de la divina bondad es la de haberme alistado en la Congregación de la Virgen Santísima. Por este motivo, cumplo un sagrado deber de gratitud recordando aquí un beneficio tan insigne.

Los Reverendos Padres Jesuitas vinieron a establecerse por segunda vez en Cuenca, allá por los años de 1868 a 1869, no recuerdo bien. El Ilmo. Sr. Toral, Obispo de la Diócesis, antes de marchar al Concilio Vaticano, entregó a dichos religiosos la dirección del Colegio Seminario de Cuenca que fue el plantel donde yo hice mis estudios.

Los Padres Jesuitas, apenas tomaron el Seminario a su cargo, fundaron en él la Congregación de la Santísima Virgen, bajo el título de "La Anunciata", debidamente agregada a la primaria de Roma. El Rvdo. P. Antonio Carees, religioso muy edificante y que murió años después en Lima, muy venerado por sus virtudes, fue el primer Director de la Congregación y quien lo

Autobiografía (Vida Espiritual) 31

fundó. Tuve la buena suerte de ser elegido por los Padres, entre los primeros a quienes alistaron para la Congregación.

El establecimiento de ella y la consagración de los primeros congregantes hizose en el templo, hoy desaparecido, de la Compañía, y con una pompa y solemnidad verdaderamente extraordinarias.

Era la primera vez que se establecía en Cuenca una asociación de esta clase y, por lo mismo, atrajo un gran concurso de gente que llenó por completo los ámbitos del espacioso templo. La distribución principió a eso de las cinco de la tarde y no se acabó sino a las siete de la noche: fue, si no me equivoco, el veinticinco de Marzo de mil ochocientos setenta y uno.

Se rezó el rosario y cantaron las Letanias laurentanas, en seguida el Padre Garcés dio una fervorosa plática; se expuso el Santísimo y, delante de la Majestad, hicimos los Congregantes nuestra Consagración solemne a la Santísima Virgen. Los sentimientos de piedad y amor que, entonces, llenaron mi corazón, no lo podré decir. Esta es una de las gracias más grandes que he recibido en mi vida.

El acto de consagración a la Santísima Virgen que lo hice en aquella noche, lo renuevo todos los días y será una gran dicha para mí, repetirlo a la hora de mi muerte. Parece que al admitirme la Divina Madre por congregante suyo, desde entonces, me adoptó por hijo y me tomó por su siervo.

La Reina del cielo se dignó dar una muestra de que esa solemnidad había sido muy de su agrado, porque haciéndose sentir en aquel año una gran sequía que traía agotados los campos, ocurrió que mientras se celebraba la función piadosa ya descrita, cuando menos se esperaba, de repente se cubrió el cielo de nubes y cayó una lluvia abundante y benéfica que fue el principio de una estación de aguas grandemente provechosa para los campos.

«La Congregación de la Anunciata fue para mí un manantial fecundo de gracias, pues ya por los ejemplos de virtud que en ella admiraba, ya por la vigilancia y solicitud del Padre Director, ya sobre todo por el estímulo de las reuniones semanales, me acostumbé a frecuentar los sacramentos de la confesión y comunión y me preservé de incalculables peligros.

Entre todas las prácticas piadosas de la Congregación, la que más me agradaba era el acto de consagración que habíamos de renovar diariamente todos los Congregantes, y que dice así: *"Santa María, Mater Dei et Virgo, ego (N.N.) te hodie in Dominam, Patronam et Advocatam eligo, firmiterque statuo ac propono me nunquam te derelicturum, neque permissurum ut a meis subditis aliquid contra tuum honorem unquam agatur: suscipe me in servum perpetuum, adsis mihi in omnibus actionibus meis, nec me deseras in hora mortis. Amén"*.

-Esta preciosa oración que acostumbro, hasta hoy, rezarla todos los días, espero que me ha de

Autobiografía (Vida Espiritual) 33

ser de consuelo grande a la hora de la muerte. El diploma de Congregante de la Santísima Virgen lo conservo todavía como un pasaporte valioso para entrar en el cielo.

« Otra de las prácticas, para mí deliciosas, de la Congregación, era el rezo del Oficio Parvo de la Santísima Virgen, a cuya práctica me reconozco deudor de grandes gracias, pues hallándome asediado de cualquier tentación, especialmente si era contra la castidad y por vehemente y molesta que fuese, con el rezo del Oficio Parvo se serenaba la tormenta, se alejaba el tentador y todo quedaba en paz y tranquilidad. Al hacerme sacerdote, el rezo del Oficio Divino ha reemplazado al del Parvo; sin embargo, acostumbro aún todos los domingos rezar el Oficio Parvo de la Asunción, para empeñar a la Santísima Virgen a que venga a auxiliarme, en persona, a la hora de la muerte.

« Finalmente, antes ya de ser congregante y, mucho más, después de serlo, por ser prácticas comunes entre ellos, me agradaba mucho ayunar los sábados y dar en esos días alguna limosna a un pobre. Cuando, como socio de la Conferencia de San Vicente de Paúl, que fui desde jovencito, hasta que me ordené de sacerdote, y que fui por haberme invitado y como obligado a esto el ejemplar Canónigo Dr. Vicente Cuesta, otra práctica de caridad que hacía los sábados era visitar la Escuela de Huérfanos que por encargo de la misma Conferencia, corría bajo mi vigilancia.

Ojalá haya podido hacer algún bien en el alma de esos niños y que esto me sirva de algún des-

cuento de mis muchísimos pecados e ingratitudes con Dios. Tanto más, cuanto que mis enfermedades actuales me han hecho ya imposible el ayuno y apartándome de varios ejercicios de penitencia tan saludables y necesarios para el alma: quiera Dios infundirme en ella el espíritu de la verdadera caridad, que es la virtud que encubre y borra la multitud de los pecados.

(Por consejo de mi Director espiritual, que se ha dignado cambiarme la penitencia antedicha, se suspende este trabajo aquí. - Enero 26 de 1904).

(Por consejo igualmente del Director espiritual se prosigue el trabajo anterior, interrumpido hasta hoy 1° de Marzo de 1904).

<i>Autobiografía (Vida Espiritual)</i>	35
--	----

MI VOTO DE CONSAGRACIÓN A LA VIRGEN SANTÍSIMA

Después de la gracia, para mí preciosísima, de haber sido admitido en la Congregación de la Anunciata, el Cielo me concedió otro favor señaladísimo, al impulsarme y casi obligarme a hacer mi voto de consagración a la Virgen Santísima. Las cosas ocurrieron de esta manera.

En el Seminario de Cuenca, donde yo estudiaba, establecimiento dirigido entonces por los Jesuitas, había entre estos religiosos uno, más distinguido que los otros, por su preclara virtud, el Rvdo. Padre Domingo García; este celosísimo hijo de San Ignacio, era el Director de la Congregación piadosa del Apostolado de la Oración, establecida para los estudiantes. Contento estaba yo de pertenecer a la Congregación de la Santísima Virgen y no deseaba alistarme en ninguna otra asociación piadosa, por hermosa que fuese.

El Padre García, cuantas veces me encontraba, que era con frecuencia, pues vivía en el Colegio, me invitaba, exhortaba y constreñía a que me alistase en la Congregación del Sagrado Corazón.

Autobiografía (Vida Espiritual) 37

Yo estaba firmemente resuelto a no rendirme jamás a estas instancias del ferviente religioso, por cuanto, para ingresar en la dicha Asociación se firmaba una fórmula de Consagración, en la que se prometía con voto trabajar activamente en la propagación de las dos hermosas devociones al Corazón Sacratísimo de Jesús y al Corazón Inmaculado de María; entendiéndose que el doble voto quedaba cumplido, si por doce veces, durante cada año, se asistía a una distribución piadosa en honra de los Sagrados Corazones, se invitaba a otros a concurrir a ella, se repartían estampas o impresos o se hacía cualquier otro acto semejante de propaganda del culto de los Sagrados Corazones.

La obligación era ciertamente fácil, pero como se ligaba uno a aquella con voto, esto era lo que me repugnaba; y así, por largo tiempo me resistí tenazmente a todas las bondadosas invitaciones del Padre García, con este objeto.

Al fin, vencido por las exigencias del Padre, puse a un lado todas las repugnancias y me alisté en la confraternidad piadosa del Apostolado de la Oración haciendo para ello el Voto perpetuo de Consagración de todo mi ser al Corazón Santísimo de Jesús y al Corazón Inmaculado de María.

Y este voto que con tanta dificultad lo hice, ha venido a ser para mí una fuente inexhausta y abundantísima de gracias y bendiciones y ha influido poderosamente en mi vocación sacerdotal y religiosa y en todo el curso de mi vida. Pues así como vacilé mucho antes de contraer este compromiso

sagrado, también al resolverme a emitir este voto lo hice formalmente y con todas las veras de mi alma: me consagré en cuerpo y alma, sentidos y potencias, del todo y para siempre, a los Corazones Santísimos de Jesús y María.

Renové este voto al tiempo de mi ordenación sacerdotal; para mejor cumplirlo emprendí en la obra de la Congregación de Sacerdotes Oblatos del Corazón Sagrado de Jesús y el Purísimo e Inmaculado de María; en fin este voto vino a ser para mí un motor poderoso que me ha impulsado constantemente a emprender en cuanto estuviera a mis alcances y pudiera contribuir al mayor culto y devoción a los Corazones Santísimos de Jesús y María.

Mi voto de Consagración a los Corazones Santísimos de Jesús y María está concebido en los siguientes términos:

"Dulcísimo Corazón de Jesús, fuente inagotable de gracia, amor y misericordia, en acción de gracias por vuestros beneficios, muy especialmente por la institución de la Sagrada Eucaristía y en reparación de los ultrajes que yo y los demás hombres os hemos irrogado, en el Misterio de vuestro amor, me consagro enteramente a Vos y con voto, haciéndoos entrega total y perpetua de mis pensamientos, palabras, acciones, afectos y méritos, de mi alma y cuerpo, mi vida y mi ser, sin reservarme cosa alguna de cuanto soy o me pertenece. Os prometo asimismo propagar, en cuanto esté a mis alcances, el culto de vuestro Corazón Sacratísimo.

Autobiografía (Vida Espiritual) 39

Elijo además a la Reina del Cielo, María Santísima, por mi Madre, Abogada y Protectora; y con cuanto soy y me pertenece, me consagro igualmente con voto a su Purísimo Corazón, obligándome a propagar su culto y devoción entre los demás, en cuanto las fuerzas me lo permitan.

"Dignaos, oh Dios bondadosísimo, aceptar esta mi irrevocable y perpetua Consagración a los Corazones Santísimos de Jesús y María, en olor de suavidad; y así como me habéis inspirado el deseo de hacer este voto, dadme gracia para cumplirlo con toda fidelidad. -Amén- En Cuenca, a doce de Junio de mil ochocientos setenta, en la fiesta de la Santísima Trinidad".

Me complazco en reconocer y confesar que este voto ha sido para mí un manantial fecundo de gracias y bendiciones muy preciosas.

Mis INGRATITUDES PARA CON LA VIRGEN SANTÍSIMA

Habiendo sido yo tan favorecido por la Reina del cielo, pues sin merecimiento alguno de mi parte había recibido desde mi infancia gracias tan preciosas y señaladas como las que se han referido antes, debía más que nadie haberme aprovechado desde temprano en la virtud y resplandecer por todo linaje de buenas obras; y sin embargo, no ha sido así, sino muy al contrario, he sido la criatura más ingrata para con mi Dios y el siervo más desconocido y rebelde para con la Virgen Santísima.

Si durante mi infancia y adolescencia procuré servirla, al entrar en la edad peligrosa de la juventud me olvidé de los Sagrados compromisos que había contraído con la Santísima Virgen y, durante algunos años, fui muy remiso en la frecuencia de los Sacramentos y otras prácticas de piedad, lo que me hizo caer en lamentables extravíos y me puso al borde del abismo de la perdición eterna.

Debo, sin embargo, decir que no fue esto de manera que me olvidara completamente de Dios, ni de varias prácticas de devoción a la Virgen

Autobiografía (Vida Espiritual) 41

Santísima; tampoco he dejado jamás ni un solo año de mi vida, de cumplir el precepto de la Comunión pascual. Pero cuando iba yo, como nuevo pródigo, alejándome más y más de la casa paterna, la Virgen Santísima, el Refugio de Pecadores, seguía mis pasos con solicitud maternal y velaba por mí. Por entonces tuve dos percances amargos en que se vio seriamente comprometida mi vida: caí una vez de un caballo y, por poco, no muero bajo los cascos de la bestia; en otra ocasión un ebrio me acometió con revólver en mano, intentando disparar sobre mí, pero la Providencia le contuvo para que no hiciera un atentado. Unido esto a muchas y extraordinarias tribulaciones de familia, fue estímulo poderoso para arrancarme del mundo, haciéndome pensar seriamente en la vanidad de las cosas de aquí abajo.

¶ Pero aún en medio de mis extravíos no olvidé jamás a mi dulcísima Madre; sus siete Dolores estaban frecuentemente en mi memoria y ningún día de mi vida he dejado voluntariamente y recordándolo, de rezar siete Ave Marías en honra de este misterio.

Otra devoción que era también mi consuelo en medio de las aflicciones de entonces, era el rezo del Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Esta Madre amabilísima se movió a compasión al ver mi profunda miseria y con su mano poderosa me sacó del abismo de tantas culpas y me puso en puerto seguro y al amparo de su protección. Verdaderamente esta Virgen Inmaculada es el refugio de los pecadores.

PREPARACIÓN AL SACERDOCIO

La Reina de los cielos que con poderosa mano me arrancó de los peligros del siglo, entre los que andaba muy incierto y casi perdido el negocio de mi salvación y me tornó a la práctica de la piedad y frecuencia de sacramentos, no limitó a esto sólo el torrente de sus misericordias, sino que pasó más adelante, hasta sublimarme a la dignidad sacerdotal, de la que siempre me he considerado totalmente indigno.

Hacia algunos años que llevaba una vida retirada del mundo y consagrada al estudio y cumplimiento de mis deberes, animado de deseos de aspirar a la perfección y consagrarme por completo a la práctica de la virtud. Consideraba que para ello me era de absoluta necesidad elegir un estado de vida: ¿cuál sería este? A veces se me presentaba el claustro como el único puerto de salvación; y esas veces no eran raras sino muy repetidas y frecuentes.

Dos órdenes religiosas se atraían todas mis simpatías, las de los Descalzos Franciscanos y la de los Carmelitas; pero mi constitución enfermiza y mi escasa salud me vedaban la entrada en estas órdenes religiosas, tan mortificadas y austeras.

Autobiografía (Vida Espiritual) 43

Algunas veces fui invitado a ingresar donde los Dominicanos y los Redentoristas y hasta donde los Jesuitas, pero no sentía atractivo ninguno a estas Ordenes, bien preciándolas y respetándolas en muy alto grado. Por otra parte, el estado de clérigo secular lo temblaba, como a estado muy peligroso, en razón de la santidad que exige de personas que viven en medio del siglo. Pues entonces, ¿qué hacer?...

Por el espacio como de unos ocho años, pedía constantemente a Dios Nuestro Señor que se dignase iluminarme acerca del estado de vida que debía adoptar. A mi modo de ver, o había de hacerme religioso en un claustro o permanecer seglar en el mundo; pero ni clérigo secular ni casado no debía ser jamás.

Y sin embargo, en los planes divinos estaba decretado que debía ser sacerdote secular, esto es precisamente el estado de vida que más temía y menos cuadraba a mis inclinaciones y proyectos... *Non est in potestate hominis parare vias ejus*. Las miras de Dios son muy distintas de las de los hombres.

• Para alcanzar esta tan anhelada gracia me valía de la protección poderosa de la Santísima Virgen y de la intercesión de los santos de mi devoción, a quienes pedía constantemente que me alcanzasen de Dios Nuestro Señor la gracia de conocer mi vocación.

La Beata Mariana de Jesús Paredes era la Santa a quien principalmente me encomendaba, después de la reina del cielo, para que me alcanzara la gracia de conocer mi vocación y seguirla

fielmente. Pues bien, todas estas oraciones no quedaron frustradas, sino que a su tiempo Dios se dignó escucharlas favorablemente.

Por aquel tiempo, antes de que se descifrara el problema de mi vocación, recibí varias gracias del cielo muy preciosas y que influyeron en gran manera en mi ingreso en el sacerdocio.

Muchas verdades religiosas que hasta entonces había profesado con la fe sincera y humilde del último de los creyentes, se me pusieron tan claras, luminosas y manifiestas que mi alma estaba sobrecogida de asombro, como si nunca hubiera tenido antes ni noticia de aquellas verdades y, entonces, por primera vez llegase yo a tener conocimiento de ellas.

La malicia del pecado, la terribilidad de los juicios de Dios, los dogmas del infierno y de la gloria eterna, brillaron súbitamente a los ojos de mi alma con luz tan intensa y maravillosa que no acertaba a pensar en otra cosa ni de día ni de noche y me admiraba cómo los hombres podrían ocuparse de otros asuntos que no fueran éstos.

Recuerdo, una ocasión, había hecho uno de aquellos paseos solitarios que eran entonces muy de mi gusto, pensando y meditando sobre el juicio final, especialmente sobre cuan terrible será la separación definitiva y eterna de los predestinados y los réprobos; al regresar del paseo me encontré con un grupo de sacerdotes amigos míos, entre los que estaba un Sr. Canónigo, y con tal vehemencia les hablé de estas verdades que luego todos se encaminaron a sus casas silenciosos y meditabundos.

Autobiografía (Vida Espiritual) 45

Pero, entre todos los misterios, el que más me conmovía a ternura y amor era el Santísimo Sacramento. Yo no sé cómo ni cuándo, el hecho es que sentí encenderse en mi corazón una devoción extraordinaria a este divino Misterio.

Todo lo relativo a la Sagrada Eucaristía me cogía tan de nuevo, como si antes jamás hubiese oído hablar de este dogma o nunca se hubiera caído en la cuenta de él.

Especialmente la presencia real de Nuestro Señor, en el Sacramento, me tocaba en lo íntimo de mi alma y no acababa de admirarme cómo los hombres no se pasaban todos los días de rodillas al pie de los sagrados tabernáculos.

Una noche estaba yo adorando al Santísimo Sacramento, en la Capilla del Seminario, cuando algunos profesores que habían conseguido por ahí un pequeño telescopio, lo acomodaron durante media hora, a las puertas de la Capilla y principiaron a observar los astros. Yo, mientras tanto, estaba estupefacto de cómo tanto se complacían en mirar los astros y no recordaban de entrar en la Capilla para adorar al Hacedor divino de los Astros.

Una de las ocupaciones interiores de mi alma era, entonces, adorar en espíritu a nuestro divino Salvador Sacramentado, en las iglesias y principalmente de los campos.

Mi jaculatoria habitual era este pasaje del Cantar de los Cantares: *Veni, dilecte mi, egrediamur in agris, commoremur in villis*. Poco después esta oración produjo su efecto, ya que la

Congregación de Sacerdotes Oblatos tiene por fin acompañar al Salvador en los tabernáculos desiertos de las aldeas y los campos. (1)

Mi devoción habitual a la Santísima Virgen, en el misterio de sus Dolores, se avivó por entonces de modo extraordinario. Una de las prácticas piadosas que causó muchos provechos a mi alma, consistía en visitar todos los viernes, por la tarde, una roca que está a las afueras de esta ciudad, y que yo me imaginaba era el Calvario.

Allí acompañaba mentalmente a la Santísima Virgen, en sus Dolores, y cual si esta dulcísima Reina dejase el Calvario para entrar en Jerusalén, me gozaba en acompañarla en su soledad, y me imaginaba entrar con ella en esta ciudad.

Estas y otras prácticas piadosas me servían muchísimo para mantener mi espíritu recogido y empapado en santa devoción. Me avergüenzo ahora de que siendo sacerdote y estando obligado a la perfección, no tengo ni la décima parte de la piedad y el fervor de aquellos tiempos, que veo han sido los mejores de mi vida.

O mejor dicho, aquel fue tiempo extraordinario de gracias para mi alma, pues con ellas quería el Señor prepararme para el sacerdocio, en los decretos inescrutables de su amable Providencia; pero estas gracias preciosas no han producido sino muy escaso fruto en mi alma, por falta de correspondencia de mi parte.

(1) Si estas palabras de la Escritura: Egrediamur in agris, que de repente resonaron en el interior de mi alma, las he de tomar como aviso del cielo, debo decir que ellas se referían a los oblatos que con tanto fruto tienen escuelas en los campos, que no a los oblatos que hallaron su perdición en el servicio de las parroquias y cura de almas.

MI VOCACIÓN AL SACERDOCIO

Mientras se aclaraban mis incertidumbres y vacilaciones acerca de la elección de estado, Dios Nuestro Señor me sacó, por una nueva gracia, de mi casa y familia y me condujo al retiro y la soledad para que allí conociese el estado de vida al que me llamaba.

Hasta entonces había vivido con una hermana mayor a mí, que forma casi toda mi familia. Haciendo un esfuerzo supremo, renuncié a mi casa, propiedades y familia, arreglé todos los asuntos de mis pequeños intereses, dejé a la hermana y, el 15 de Octubre de 1878, me trasladé a vivir en el Seminario, como Profesor de Derecho Público de dicho establecimiento.

Parece que el cielo exigió de mí este sacrificio, pues fue lo que decidió mi vocación sacerdotal y religiosa: y si no hubiese dejado mi casa, como lo hice, probablemente jamás hubiera abandonado el mundo ni consagrándome al servicio de los altares.

En el Seminario me dediqué con mayor empeño al estudio y a las prácticas de piedad, bien que sin conocer aún el género de vida que debía abrazar y vacilando siempre entre hacerme

Autobiografía (Vida Espiritual) 49

religioso en un claustro o quedarme seglar en el mundo. Elegí por director espiritual al Rvdo. P. Félix Grissart, uno de los más notables religiosos redentoristas que ha vivido en Cuenca; y confieso que este religioso, más que ningún otro confesor de cuantos he tenido en la vida, hizo un bien inmenso en mi alma.

Su dirección era sencilla pero ilustrada, dulce pero firme y sostenida.

Dios Nuestro Señor me lo proporcionó en el momento oportuno; pues yo tomé a este Padre por confesor contra mi voluntad e inclinación y sólo por obedecer a un confesor mío anterior que, al despedirse para Europa, me dijo imperativamente: "Ud. se confesará con el Padre Grissart". Hícelo así sólo por obedecer y éste fue el ángel que el Señor me dio para ponerme en el camino de mi vocación sacerdotal.

Por este tiempo oraba con muchas instancias al Señor, suplicándole me ilustrase en el asunto tan arduo y difícil de mi vocación. Un confesor, el Padre Rodrigo, de la Congregación de Redentoristas, me había dicho: "Dios Nuestro Señor hará conocer a Ud. su vocación, pero será valiéndose de las tribulaciones y desengaños.

Entonces, cuando menos piense Ud. en ello, conocerá con claridad qué es lo que Dios quiere de Ud." Y así resultó efectivamente.

Hallábame engolfado en varios proyectos. Uno de ellos era ir a París, a estudiar en el Seminario de San Sulpicio, para allí estudiar mejor mi vocación.

Y no era esto una mera fantasía, sino que en unión de otro amigo (el Sr. Cornelio Crespo) nos dirigimos realmente al Superior de San Sulpicio y arreglamos todo lo relativo a nuestra permanencia en aquel célebre Seminario. Conservo hasta hoy la carra de contestación del venerable Superior de aquella distinguida Congregación.

Los otros proyectos eran de ingresar entre los Carmelitas o Franciscanos; pero a esto último oponíase mi confesor y yo mismo lo veía imposible por mi poca salud, a no ser que interviniese un milagro. El mundo, por otra parte, no dejaba de solicitarme con sus engañosas esperanzas.

Por aquel entonces se me hicieron propuestas de matrimonios, al parecer ventajosas; pero mis pensamientos y mis afectos estaban ya tan lejos de estas cosas que ni impresión hicieron en mi ánimo tales propuestas. Estaba ya firmemente resuelto a servir a Dios, en perfecta castidad, pero aún no sabía cómo ni dónde.

Mi soberano refugio, como siempre, era la Virgen Santísima. Se me había encendido por ese entonces la devoción a esta dulcísima Madre, de suerte que sólo en ella pensaba.

Tenía un hermoso cuadro de Nuestra Señora de los Dolores, en mi pieza de habitación y, postrado ante esta santa imagen, imploraba el auxilio y protección de la bondadosísima Reina, para acertar en el arduo asunto de mi vocación.

Por la mediación de María Santísima logré, en Mayo de 1878, decidirme a abandonar definitivamente el mundo y a no vivir más en él, sino a

Autobiografía (Vida Espiritual) 51

abrazar el estado de religioso o el de sacerdote; restábame optar por uno de los términos de esta disyuntiva.

El modo como esto lo hice, lo encuentro expresado en el siguiente apunte de mi vida íntima, escrito precisamente la víspera de ingresar en la clereatura. Dice así:

"Concluiré este cuaderno de apuntes (de mi vida íntima), con la relación de los hechos que me ha determinado a abrazar la carrera eclesiástica, advirtiéndole que escribo esto, cabalmente la noche anterior al día en que (por medio de la tonsura y las Ordenes menores y vistiendo ya el hábito) pude exclamar a Dios: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis et nomen Domini invocabo. Dominas pars hereditatis meae et calicis mei.*

"En medio de una niñez desgraciada (por mi completa orfandad) y una juventud expuesta a los mil azares y peligros que ocasiona la misma orfandad, miré siempre el brazo de Dios que me conducía a altos fines (como es la vocación sacerdotal), con amorosísima providencia.

Entregado a todas las luchas del corazón, ya me decidía unas veces a abrazar prácticas fervorosas de virtud, ya me lanzaba en las vías de perdición; mas por una gracia especialísima, nunca permanecí mucho tiempo bajo el yugo de la culpa.

Un anhelo insaciable de gloria, fama y amor devoraba mi corazón y, he aquí, por qué me entregué ardorosamente al cultivo de las letras y

52 *José Julio María Matovelle*

la poesía y, un tiempo, a los devaneos de aquello que se llama la culta sociedad. Mas, en medio de los extravíos, la iglesia Católica fue siempre mi norte; con el estudio de las bellezas de la Religión se extasiaba mi alma y me dije: es necesario para ser lógico ser cristiano en práctica no sólo en teoría; y me resolví abandonar definitivamente el mundo y entregarme del todo a las prácticas de virtud. ¡Mas, ah, qué mal cumplo estos propósitos!

"Conocí pues que sólo Dios podía saciar todos mis deseos, y ser el único objeto de mi amor. El Santísimo Sacramento ha sido mi maestro, mi guía, mi confidente, mi amigo, mi Padre, mi Esposo y mi todo. María Santísima de los Dolores ha sido mi única Madre.

Por esto los Corazones Santísimos de Jesús y María son los únicos dueños de mi ser, mi vida, mi alma y mi corazón; yo, me debo a estos Corazones Santísimos por toda la eternidad, como el esclavo se debe a su amo. ¡Cuántos secretos dramas guarda mi pecho! Por reparación, por correspondencia de amor, debo ser apóstol de la devoción a los Sagrados Corazones, por toda la vida".

"Llegó el tiempo (el mes de Mayo de 1878) en que me decidí abrazar la carrera eclesiástica (aunque sin determinar si sería en un claustro o en el siglo); mas transcurrió un año y aún no sabía cuándo fijaría mi suerte: todo se me mostraba tan lejos. Un viernes, 23 de Mayo de 1879, salí al campo, y nunca como entonces se me presentó más vivamente la sublime locura del Calvario. Mas he aquí, mientras yo estaba en el campo, vino improvisadamente el Ilustrísimo Señor Obispo Toral

Autobiografía (Vida Espiritual) 53

al Colegio Seminario, donde esto escribía y notificó al Rector (que era el Sr. Deán Arévalo), de una manera decisiva y terminante, que dentro de pocos días debía ordenarme. Mas yo llevé a broma".

"El lunes siguiente, 26 de Mayo, día de mi gran Patrona, la Beata Mariana de Jesús, comulgé en la Capilla de Nuestra Señora de Lourdes (que tenían a su cargo los Padres Jesuitas) y me sentí animado de una gran fuerza para cualquier sacrificio. A las once del día recibo un llamamiento del Ilmo. Sr. Obispo, a palacio. Antes de salir a la calle, voy a la Capilla a pedir la bendición al Santísimo Sacramento, abro entonces el Kempis, y leo: *Hodie est et cras non comparet* (Lib. III, Cap. 36). Llegado donde el Señor Obispo, me estuve una hora con su Señoría Ilma. y fueron vanas todas mis representaciones, porque insistió invariable y decididamente en que debía ordenarme de diácono dentro de pocos días, en las próximas Témperas de Pentecostés. Fuertemente impresionado salí de allí, con una ligera esperanza de poder evadirme de la resolución del Prelado; fui (con este pensamiento) a la Capilla episcopal, me postré delante del Santísimo Sacramento, abrí otra vez el Kempis al acaso, como la vez primera y leí estas palabras: "*Ego, inquit Dominus, docui Prophetas ab initio, et usque nunc non cesso omnibus loqui; sed multi ad vocem meam surdi sunt et duri. Plures mundum libentius audiunt quam Deum: Facilius sequuntur carnis suae appetitum, quam meum beneplacitum. Promittit mundus temporalia et parva, et servitur ei aviditate magna: ego*

54 José Julio María Matovelle 53

promitto summa et aeterna, et torpescunt mortalium corda" (Lib. III., Cap. 3).

Llego fatigado a mi habitación, y por consolarme abro al acaso el libro de los Evangelios y las primeras palabras que leo son éstas: *Adolescens, tibo dico, surge* (Lúe. VII., 14). ¿Podía ser esto nada más que una casualidad? Al día siguiente por la mañana, me levanto aún intranquilo, tomo otra vez el Kempis, abro a la ventura el libro y me hallo con el hermosísimo capítulo diez y siete del libro tercero que principia así: "*Fili, sine me tecum agere quod voló; ego scio quid expedit tibi...*" Basta: me dije entonces, ésta es la voz de Dios; sí, Dios mismo me está hablando por este libro, después de haberme hecho conocer su adorable voluntad por la voz de mi prelado. Los momentos de Dios son preciosos; si ahora no escucho dócilmente su llamamiento, seré probablemente reprobado para siempre y no volveré a escuchar otra vez la voz del cielo, señalándome el camino que debo seguir para arribar a la bienaventuranza eterna".

"Consulto en seguida a las personas más graves, especialmente a mi confesor, sobre este asunto y todos me aconsejan obedecer ciegamente al Sr. Obispo. A pesar de todo y valiéndome del mismo confesor, insisto cerca del Prelado, para que revoque su orden y es inútil, porque permanece inflexible en su resolución de que debo ordenarme de Sacerdote. Basta, pues, me digo nuevamente: ésta es la voz de Dios.

• "Pues es ya indudable que Dios Nuestro Señor me llama para que sea sacerdote suyo, a pesar

Autobiografía (Vida Espiritual) 55

de mi indignidad y de toda mi resistencia, he aquí ahora las resoluciones que tomo en un momento tan solemne de mi vida".

"Entraré pues en el sacerdocio, ya que el Señor lo quiere así, y entraré con el mismo desprendimiento con que lo hiciera en la Cartuja. Entro en el sacerdocio para hacerme santo, primeramente con la oración, el retiro y el estudio y, secundariamente, ejerciendo el ministerio para salvar a los demás. Entro en el sacerdocio para ser un apóstol del Santísimo Sacramento y los Corazones Santísimos de Jesús y María. Mi divisa desde hoy será esta: "Trabajar, Amar y Padecer". La Cruz, la corona de espinas y la herida del Costado, serán mis blasones.

"*Suscepi, suscepi de manu tua crucem; portabo et portabo eam usque in mortem, sicut imposuisti mihi...* (Kempis, Lib., III., Cap. 56). Cuenca, Junio 2 de 1879.- Último día de mi vida de secular".

Al día siguiente, hice mi solemne consagración a Dios, entre las manos del limo. Sr. Obispo Toral y, dejada la ignominia del traje seglar, pronuncié aquel sublime compromiso que ata al clérigo para siempre a Dios y su Iglesia: *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei: tu est qui restitues haereditatem meam mihi.*

• El 3 de Junio de 1879, fui pues condecorado con la tonsura eclesiástica y recibí las cuatro Ordenes menores, El día siguiente cuatro de Julio, fiesta de San Francisco Caracciolo, fui ordenado de Subdiácono, en la Iglesia del Carmen antiguo; las Ordenes menores las recibí en la Capilla interior del Seminario.

56 *José Julio María Matovelle*

Y el sábado siguiente, 7 de Junio, dentro de las Téporas de Pentecostés, fui ordenado de Diácono, en la Iglesia Catedral. Esta última ordenación fue solemnísima, tanto por el número de ordenados, que éramos siete, según recuerdo, porque la Misa de Ordenación fue cantada, cosa que no se había hecho jamás, antes, en Cuenca.

Mi alma quedó inundada en un torrente de paz y delicias; sentía materialmente una dulzura como de miel, en la boca, lo que duró como un mes; y tenía que hacerme violencia para no estar llorando continuamente, a impulsos del gozo interior que llenaba mi alma.

Mi ORDENACIÓN SACERDOTAL.

El Diaconado fue para mí fuente copiosa de gracias y bendiciones; de manera que de buena gana habría permanecido en él durante toda mi vida.

El sagrado orden del Presbiterado, al par que era objeto de profunda veneración para mí, lo era también de temblor y temor, por los deberes que impone y, así, deseaba prepararme a él durante algún tiempo considerable, por lo menos de un año. Pero ni en esta parte tampoco se realizaron mis planes y propósitos.

No había transcurrido un año aún desde mi ingreso en el Diaconado, cuando al acercarse la Cuaresma de 1880, a principios del mes de febrero, el Ilmo. Señor Toral dispuso que me encerrara en la semana de ejercicios del Clero, que habían de tener lugar en los primeros días de la Cuaresma y que al término de esos ejercicios, en el sábado de las Téporas, debía ordenarme de Presbítero.

Esta disposición era muy dura para mí, porque contrariaba todas mis resoluciones; pero acatando en ella la voluntad divina manifestada en la del Prelado, incliné la cerviz y me sometí resigna-

Autobiografía (Vida Espiritual) 59

da y alegremente a lo ordenado por la Curia episcopal.

Tuve una semana de ejercicios en unión de otros cinco ordenandos y de la mitad del Clero de la Diócesis, bajo la dirección del piadosísimo redentorista Rvdo. Padre Alfonso Obdereger que era entonces mi confesor, lo cual fue para mí una gracia muy especial. Procuré hacer estos ejercicios del mejor modo que me fue posible; y en verdad experimenté que el Señor derramó sobre mí un torrente inusitado de gracias, de que estaba por cierto muy necesitado.

Durante esos mismos ejercicios recibí una lección elocuente sobre la fragilidad de la vida humana y la incertidumbre de la muerte; pues uno de los ordenados, el Sr. José María Estrella, diácono, cayó gravemente enfermo al siguiente día de principiado los ejercicios y murió a la conclusión de ellos.

Fui ordenado de Sacerdote en la Catedral, por el Ilmo. Sr. Obispo Toral el 21 de febrero de 1880. Sábado de las Téporas de Cuaresma, en cuyo día se rezó aquel año de San Ignacio Mártir, de modo que en la Misa de Ordenación que fue muy solemne, en la Postcommunio, recé estas hermosas palabras del Santo, apropiándomelas de corazón y tomándolas como lema de mi sacerdocio: *Fruentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar*. Desde entonces tomé al santo Mártir por Patrón mío especial.

Las gracias del cielo llovieron sobre mí en tanta abundancia, en el día, para mí, inolvidable de mi ordenación, que mi espíritu quedó enteramente

anonadado bajo el inmenso peso de las misericordias del Altísimo; y por mucho tiempo prorrumplía en ardientes jaculatorias, siendo la más frecuente este versículo de los salmos: *Omnia excelsa tua et fluctus tui super me transierunt* (41. v. 8.). "Señor y Dios mío: todas las tempestades y olas de tu gracia han descargado sobre mí". *Abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum* (Ib.). "Como al estampido, Señor, con que se deshacen tus cataratas, un abismo llama a otro abismo, así el abismo de mi nada ha llamado al abismo de tu infinita misericordia"... Y yo no sé cómo estas hermosas palabras vinieron de suyo a ponerse en mis labios.

Todas las funciones del culto sagrado me causaban una emoción viva y profunda. El rezo del Oficio divino me inundaba en delicias; cada salmo, cada lección me hablaba en lo más íntimo del alma, como si sólo para mí se hubiese compuesto, adrede, ese rezo. Sentía una fruición inexplicable en acolitar y mucho más en diaconar en cualquier Misa.

Aquellas mismas cosas que, cuando yo secular, no me habían llamado mucho la atención, ahora me impresionaban tan hondamente como si por vez primera las viese y experimentase.

Todas las Sagradas Ceremonias me tenían como absorto y maravillado, cual si me hubiese dado un sentido nuevo para ver, oír y gustar lo que no había antes percibido jamás o si lo había hecho, había sido muy débilmente.

En el retiro de nueve días preparatorio para la ordenación de sacerdote, tomé algunas resolu-

Autobiografía (Vida Espiritual) 61

ciones: he aquí las principales que para no olvidarme las puse por escrito:

1) Cuésteme lo que me costare, confiando en la gracia de Dios, me esforzaré en adquirir la perfección sacerdotal considerando para ello que la medida de la perfección no está tanto en la sublimidad de las obras, como en la pureza de intención con que se las hace.

2) La perfección estará en conformarme en todo plena y gustosamente en la voluntad santísima de Dios; acatando, como manifestaciones de esta Voluntad divina, todas las órdenes de mis superiores,

3) La desposada de mi alma, mi virtud predilecta será la caridad: esto es hacerlo todo por amor de Dios y amar y servir al prójimo por amor de Dios. (1)

4) Procuraré vivir en el mundo como si no existiéramos en él sino Dios y yo. Todo por Dios y para Dios.

5) Recordaré siempre que dejé al mundo por amor al Santísimo Sacramento y recordaré además que gracia tan grande debo a la intercesión de mi única Madre, la Santísima Virgen. Mi oficio en el sacerdocio será hacer con el

(1) Ob. *Anoren Dei*.

Santísimo Sacramento lo que practicaría con este misterio adorable la Virgen Inmaculada, si viviera aún sobre la tierra.

6) Me esforzaré, durante todo mi ministerio sacerdotal, en honrar y hacer honrar por los fieles confiados a mi cuidado, a la Virgen Sacratísima, considerando esto como uno de los principales deberes de mi sacerdocio.

Mi PRIMERA MISA

Deseando prepararme del mejor modo posible para la celebración del augusto sacrificio de la Misa, resolví emplear en esto un mes entero, y efectivamente con el favor de Dios así lo hice.

Este mes lo consagré al aprendizaje de las rúbricas del Misal, a ejercitarme en las sagradas ceremonias, y a las prácticas de piedad que me parecieron más conducentes a este objeto.

El Sábado de Pasión o sea la víspera del Domingo de Ramos, por la tarde, entramos en la casa del Corazón de María, a tener unos días de ejercicios espirituales preparatorios, para la celebración de nuestra primera Misa, tres nuevos sacerdotes, que nos habíamos comprometido a decir la en la misma fecha, a saber los Drs. Adolfo Corral y Cornelio Crespo junto con el autor de estas líneas. Pasamos pues en nuestro retiro eucarístico, si pudiera llamarse así, los cuatro primeros días de la Semana Santa de 1880.

El Jueves Santo que en aquel año cayó el 25 de Marzo, fue día de fiesta de guardar por razón del misterio de la Encarnación que se conmemora en esa fecha, por cuyo motivo la autoridad eclesiástica dispuso que, en aquel Jueves Santo, se

Autobiografía (Vida Espiritual) 65

celebraran misas rezadas, en cierto número determinado y no más, en ciertas Iglesias, para que los fieles pudiesen cómodamente cumplir el precepto de la audición de la Misa.

Esta circunstancia favoreció el cumplimiento de nuestros deseos; porque el Sr. Corral dijo su primera Misa, rezada, en el templo del Corazón de María; el Sr. Crespo, en el de San Francisco, entonces a cargo de los Jesuitas; y yo celebré mi primera Misa, y cantada, en la Capilla de la Adoración perpetua, de las Madres de los SS. Corazones. Me diaconaron los Srs. Corral y Crespo, e hizo de padrino de capa pluvial el Capellán de ese santuario que después fue el célebre orador, P. Fr. José María Aguirre.

Las dulces y gratísimas impresiones que la gracia hizo en mí en aquel día, no lo podré expresar. ¡Cuánto no me conmovieron aquellas hermosas palabras del Canon del Jueves Santo: *Oui pridie quam pateretur, hoc est hodie...*! Parece que ninguna Misa como la de esta solemnidad es tan adecuada para ofrecer por vez primera el divino Sacrificio.

Luego en aquel mismo día se conmemoraba el misterio de la Encarnación: *Et Verbum caro factum est*: misterio de mi particular devoción, por cuanto la Anunciata era el título de la Santísima Virgen bajo el cual estaba erigida la Congregación piadosa, a que por primera vez tuve la dicha de ser alistado en mi vida. ¡Y en el día 25 de Marzo en que se conmemora este dulcísimo Misterio tenía la dicha de celebrar mi primera Misa! Fue todo esto un hermoso conjunto de cir-

cunstances, una gracia verdaderamente extraordinaria para mí. Durante todos los ejercicios espirituales, los dos misterios que me absorbían mi mente y mis afectos eran la Encarnación y la Eucaristía.

El punto principal de mis meditaciones era éste: debo prepararme a celebrar mi primera Misa, imitando las disposiciones que adornaban a la Santísima Virgen, al tiempo de la Encarnación, especialmente su humildad, su pureza y caridad.

Tres resoluciones tomé en este retiro y me parece que, con la gracia de Dios, las he cumplido fielmente hasta hoy:

1º no celebrar jamás la Santa Misa con conciencia de pecado mortal, y, si por desgracia, llego alguna vez a contraer la feísima y terrible mancha de una culpa grave, purificarme de ella cuanto antes, por medio de la confesión, antes de acercarme a los altares;

2º no celebrar jamás, el augusto sacrificio, sin haber tenido la preparación inmediata siquiera de media hora; y

3º jamás omitir la acción de gracias inmediatamente después de la Santa Misa, siquiera por otra media hora. El retiro más provechoso para mi alma, de cuantos he tenido, durante toda mi vida, ha sido éste que tuve en preparación para mi primera Misa.

Así como los cuatro primeros días de la Semana Santa, de 1880, los empleé en prepararme para la celebración del augusto Sacrificio, los tres últimos días de aquella Semana tan preciosa los

dediqué a la acción de gracias por mi primera Misa. Nuestro retiro espiritual lo terminamos el domingo de Pascua; en cuya hermosa fiesta canté mi segunda Misa, en el templo de los Padres Redentoristas.

De este modo aquella semana de ejercicios espirituales, la más memorable de toda mi vida, la más fecunda de gracias y bendiciones, vino a ser el principio de mi ministerio sacerdotal. Debo aquí consignar una idea o quizás inspiración del cielo que entonces se apoderó fuertemente de mi alma. Así como hoy una inocencia bautismal, me decía, así debe haber también una inocencia sacerdotal.

La primera consiste en no manchar el alma con culpa grave después del bautismo y, la segunda, en mantener limpia de la misma culpa el alma después de la ordenación sacerdotal. *Malo mori quam foedari*, antes morir que afear el alma, hasta la muerte, por nada de este mundo, incurriré involuntariamente en ningún pecado grave. Dios Nuestro Señor sabe si he cumplido esta promesa: en medio de la amargura de mi alma, por mis continuas miserias e ingratitudes, quédate al menos el consuelo de que con pleno y deliberado consentimiento, me parece, no haber ofendido a mi Dios gravemente desde que me hice sacerdote.

Me reconozco deudor de esta gracia a la celebración diaria de la Santa Misa que fue otro de los propósitos que hice en mi retiro de preparación, para el Jueves Santo de 1880. - Todas estas gracias del cielo las debo a la intercesión poderosa de la Virgen Santísima.

MARÍA ES MI MADRE

Cuando, tocado por la gracia, resolví definitivamente dejar el mundo y consagrarme a Dios en el sacerdocio o en el claustro, tomé también la resolución de dedicarme por completo al amor y servicio de la Santísima Virgen, eligiéndola por mi única y verdadera Madre, en tiempo y eternidad.

En tales circunstancias vino a mi poder un hermoso lienzo que representaba a Nuestra Señora de los Dolores, precisamente a tiempo que recibía mi alma una amarguísima decepción de familia, con la que se robusteció más mi anterior resolución; desde entonces he considerado siempre a Nuestra Señora de los Dolores como a mi propia, única y verdadera Madre.

El pasaje evangélico que decidió de mi vocación al sacerdocio, fue, según queda ya referido, aquel de San Lucas: *Adolescens, tibi, dico, surge*; pero, en el mismo, se cuenta también que el Salvador resucitó aquel muerto, compadecido de las lágrimas de su madre y que habiéndose levantado vivo el joven se lo entregó a ella: *Et dedit illum matri suae* (VII, 15).

Este Evangelio que la Iglesia aplica a la conversión de San Agustín, me lo he apropiado también

Autobiografía (Vida Espiritual) 69

a mí, por la razón ya expresada; y, así, cual si la historia de la resurrección del hijo de la viuda de Nain fuese historia mía propia, la leo con singular fruición y con devoción muy especial, tanto en la Sagrada Biblia, como las veces que la Iglesia nos presenta este pasaje evangélico en la liturgia.

Yo era ese muerto que el infierno y las pasiones del mundo llevaban a enterrar, en los abismos de la perdición eterna; pero Nuestra Señora de los Dolores intercedía por mí, era mi Madre que iba llorando tras de mi féretro; entonces el Salvador exclamó: *Adolescens, tibi, dico, surge*, entregándome inmediatamente como propiedad exclusiva de la Virgen Santísima: *Et dedit illum Matri suae*.

Pero nunca ardió en mí tan inflamado y vivo este amor a la Santísima Virgen, como en los primeros años de mi sacerdocio; reconozco esto como una de las gracias más preciosas que he recibido de la munificencia divina.

Parecíame que era yo, en cuanto al espíritu, como un pequeñito y tierno niño, abandonado, huérfano y solo, falto de todas las cosas y que no tenía otro amparo que la Virgen Santísima; acogíame, pues, a esta dulcísima Madre con entera confianza, para que, como Madre mía que era, me socorriese en todas mis necesidades, como lo hacía efectivamente con bondad admirable.

Porque hallándome desnudo y falto de toda virtud, Ella me vestía con sus méritos; estando flaco y sediento de gracias, Ella me las daba a beber en su fuente y manantial que es el corazón divino

de Jesús. Yo no sé cómo era, si por visión imaginativa o por una acción natural de la fantasía, pero el hecho es que me parecía que era yo un niño pequeñito, vestido con una túnica muy blanca que me la había dado la dulcísima Madre; y tenía yo una delicia singular en verme revestido con esa túnica y en repetir en mi interior: "Esta es la túnica con que me ha vestido mi Madre".

Ni eran estas solamente las gracias con que la Virgen dulcísima me regalaba, sino que iban más adelante aún; pues me parecía que niño como era yo, en orden al espíritu, me arrimaba confiado y cariñosamente a mi Madre amabilísima y unas veces me envolvía en su manto, otras descansaba en su regazo o, más frecuentemente aún, me subía a sus brazos, me reclinaba en su cuello, la abrazaba y cubría de ósculos, con todas las ternuras y caricias que un niño pequeñito gasta con su Madre.

Era en esto, como en todo, mi modelo y ejemplar el Niño Jesús: ¿por qué no imitaríamos a este divino Niño en las caricias amorosas de que colmó a su Madre Santísima? ¡Ah!, el secreto está en que no queremos humillarnos ni hacernos niños, ni aún tratándose de devoción y piedad; por esto nos vemos privados de los abrazos y caricias maternales de la Virgen Santísima... Entonces comprendí el profundo significado de estas palabras que la Iglesia pone en labios de María: *Si quis est parvulus veniat ad me*; también se me manifestó entonces el sentido oculto de esta frase del Evangelio: *Nisi efficiamini sicut parvuli non intravitis in regnum coelorum*, una de las porciones más selectas de este reino es el amor y devoción a la

Autobiografía (Vida Espiritual) 71

Santa Virgen, pero no disfrutaremos toda la suavidad y dulzura de esta rica herencia, si no nos hacemos pequeñitos como niños.

Por lo demás, la Virgen amabilísima me tomó verdaderamente por hijo suyo, pues desde entonces he experimentado su auxilio y protección en todas las circunstancias difíciles de mi vida. Jamás la he invocado sin haber sido socorrido; y lo que es más todavía: esta dulcísima Madre se adelanta casi siempre a mis peticiones y las previene, concediéndome sus bendiciones antes de solicitarlas. Pero, cuando más ha resplandecido la benignidad de esta generosísima Reina para conmigo ha sido en medio de muchas y graves tribulaciones por las que he tenido que atravesar en mi vida; y como estos beneficios de María son tantos y tan preciosos, haré memoria de algunos siquiera de ellos en otro lugar.

Todo esto es una de las preciosas gracias que el Cielo se ha dignado dispensarme, por lo cual cada día tributo especiales acciones a Jesucristo, nuestro Salvador divino, por haberme concedido por Madre a la Virgen Santísima. El origen de esta práctica fue el suceso siguiente.

El año de 1902, hallábame en Quito hospedado en la casa de San José, donde tomé por mi cuenta cuidar de la capilla del Santísimo Sacramento y de una pequeña imagen de la Virgen que había en ella.

Un día que estaba en dicha capilla arreglando el altar, meditaba en los grandes beneficios con que me había colmado mi amabilísima Madre, con alguna queja de que el Señor no hubiese sido

conmigo tan generoso como la Virgen Santísima se me había manifestado. A este tiempo, al pasar yo por delante del Santísimo Sacramento, al hacer la genuflexión, salió del tabernáculo una voz que me dijo: "¿Y por qué María, mi Madre Santísima, es Madre tuya, sino porque ya la he recomendado que lo fuese?".

No fue esa voz material, sino interior, pero tan fuerte y viva, que me quedé todo confuso y avergonzado; pues, en verdad, no había advertido hasta entonces, que María no podía ser Madre mía, si el Señor no le hubiese confiado este encargo.

Fue preciso que el Salvador dijese desde lo alto de la Cruz: *Ecce filius tuus*, para que la Santísima Virgen adoptase por hijo a San Juan; pues a este modo, nadie puede llegar a ser hijo espiritual de María, si no es por gracia especial de nuestro divino Salvador Jesucristo.

ET IN ELECTIS MEIS MITTE RADICES

La Iglesia aplica a la Virgen Santísima las siguientes palabras del Eclesiástico (24, v. 13): *In Jacob inhabita et, in Israel haereditare et in electis meis mitte radices*. Esto dijo el Creador a la augusta Virgen: *Et dixit mihi Creator omnium*. El Criador de todas las cosas ha dicho pues a María: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos.

La Virgen Santísima elige a su agrado las almas que le placen y cuando éstas cooperan fielmente a las gracias que esta bondadosísima Madre les alcanza del Señor, la obra de la santificación, en ellas, va creciendo y desarrollándose como el germen de un árbol elevado y frondoso.

Ojalá no hubiese opuesto yo jamás óbices a las gracias que mi Madre dulcísima me ha alcanzado del cielo, pues entonces ya sería santo; pero desgraciadamente ha sido todo lo contrario, he aquí por qué después de tantos favores del cielo, soy todavía tan grande pecador.

Sin embargo de todo esto, me ha parecido a veces que la Inmaculada Virgen se ha apoderado tan completamente de todo mi ser, que me

Autobiografía (Vida Espiritual) 75

parece que esta hermosa Reina es como una elegante y frondosa palma que está plantada en mi corazón y que sus raíces penetrando por todas las arterias y venas de mi cuerpo y por todas las potencias de mi alma, me circundan y estrechan entre sus múltiples y densas mallas, como una red tupida aprisiona a un pececillo.

De suerte que María Santísima vive en mí, como el arbusto en la maceta en que ha sido plantado. Y ésta no es puramente una consideración fantástica o un cuadro forjado por la imaginación, sino conciencia íntima de lo que pasa en mí, algo como visión intelectual de lo que ocurre en el interior de mi ser. Siento que se ha realizado en mí, a pesar de ser un gran pecador e indigno de contarme entre los elegidos, aquella palabra profética de la Escritura: *Et in electis meis mitte radices*.

LA ERMITA DE MI CORAZÓN

¡Qué atractivas y encantadoras son esas pobres y humildes capillas erigidas en honra de la Santísima Virgen, entre las asperezas de las rocas y la soledad de los campos! Cuan grato es, al atravesar un bosque, o al escalar los riscos de la Cordillera, hallarse repentinamente con una ermita agreste dedicada a la Reina de los ángeles y circundada de floridas retamas y oloroso tomillo.

Qué dulce es entonces postrarse ante las aras de nuestra amadísima Madre y derramar nuestra alma a sus plantas y decirle cuánto sentimos y pensamos y presentarle el homenaje de nuestras oraciones, sin más testigos que las avejillas que trinan en la enramada, ni más compañero de viaje que nuestro propio corazón.

En esto pensaba yo una vez y al momento que me resolví a construir en mi pecho esta solitaria ermita, donde pudiese sin testigos y a mi placer, tributar a la Santísima Virgen el homenaje de mis humildes adoraciones y el más ferviente amor. "¡Virgen Santísima, exclamé dentro de mí. Vos sois venerada no solamente en las suntuosas basílicas, sino también en las rústicas ermitas de los campos; por lo cual yo quiero dedicaros en la roca de mi corazón, entre los zarzales de mi alma, una ermita solitaria, donde pueda ofreceros dia-

Autobiografía (Vida Espiritual) 77

riamente los humildes y rendidos homenajes de mi amor y veneración!".

Así como lo pensé lo realicé. Desde entonces me he figurado, al principio con algún esfuerzo y ahora sin trabajo ninguno, que mi corazón es una pequeña capilla o diminuto templo, en el cual como en un nicho está colocada una imagen de la Virgen Santísima.

La imagen es de esta suerte: en la parte de arriba está figurado un trino cercado de resplandores que representa a la Santísima Trinidad; debajo la Inmaculada hollando con su planta virginal a la serpiente y teniendo arrimada al pecho la custodia y toda vestida de blanco.

Esta es la imagen de la Santísima Virgen esculpida por mi alma, con el pincel de la imaginación, en lo más íntimo del pecho. Para que no se me borrara jamás de la memoria esta sagrada Imagen, la hice reproducir en el lienzo, en Quito, por el pintor habilísimo Sr. Manosalvas y en esta ciudad (1) la hice esculpir en madera, y es la imagen conocida en esta casa con el título de la Virgen de la Hostia.

Con esta santa imagen me han sucedido dos cosas bellísimas y muy provechosas a mi alma. La primera es que cuantas veces me viene una representación fea o pensamiento impuro, me basta fijarme mentalmente en la Imagen que tengo dibujada en mi fantasía o fijar mi vista en la

(1) Cuenca

Virgen de la Hostia, y al momento se disipa la tentación. A tal punto es esto verdad, que, habiendo aconsejado esta misma práctica a otras personas, se han obtenido iguales resultados.

La segunda cosa es que, cuando vino de Quito a esta casa, el cuadro de Nuestra Señora de la Hostia, yo no lo supe y sin embargo calculé que el lienzo estaba ya aquí, por lo siguiente: la noche misma en que el cuadro había llegado tuve un sueño y fue así: parecíame ver el cuadro de la Santísima Virgen, tal como yo lo había mandado a pintar; pero luego asomó una mano infernal que se esforzaba por desgarrar y romper el lienzo bendito y quería a todo trance poner en su lugar una pintura deshonesta que representaba a una mujer.

Desperté al punto y advertí que esto no era un sueño cualquiera, sino una advertencia del cielo para que me cuidase mucho de no dejar arrancar de mi alma la imagen de la Santísima Virgen, como lo pretendía el diablo, para, en su lugar, poner en mi imaginación representaciones lúbricas y deshonestas.

La Santísima Virgen de la Hostia me ha dispensado favores muy preciosos en la solitaria ermita de mi corazón. Desgraciadamente en esta pobrísima ermita no hay más adorno que algunas florecillas silvestres de los buenos deseos y nada más.

La Virgen de la Hostia es la representación habitual de María Santísima en mi alma; pero también, a veces, me la figuro sentada en el Calvario, en la roca de mi corazón y teniendo en los brazos

Autobiografía (Vida Espiritual) 79

el cuerpo adorable del Señor, ya difunto. Otras, me represento a Nuestra Señora del Éxtasis, dormida sobre la roca de mi corazón y teniendo en el regazo al Niño Jesús, dormido también. Pero de esto hablaré en otro lugar.

NUESTRA SEÑORA DE LA ACCIÓN DE GRACIAS.

La Virgen Inmaculada se dignó dispensarme otra gracia muy preciosa. Por bastante tiempo no pude dar con un método fácil, sencillo y provechoso del cual me auxiliara para la acción de gracias después de la Santa Misa.

Ciertamente, mediante la protección del Cielo que ha sostenido mi debilidad, contra el espíritu de inconstancia, jamás he dejado de emplear una media hora, poco más o menos, en la acción de gracias después de celebrar el augusto sacrificio; pero me ha ocurrido varias veces no sentir entonces la suavidad y encanto de la devoción, sino hallarme árido y desolado. ¿Qué hacer en tal caso? Valíame en ocasiones de un libro espiritual, otras poníame a meditar en algún punto de la Pasión del Señor; pero a pesar de todo esto no hallaba paz ni reposo completo en ninguna de estas prácticas. Entonces recurrí a la Virgen de mi ermita y, sin saber cómo ni cuando, el hecho es que de repente me hallé con la siguiente sencilla, fácil y para mí gratísima práctica de acción de gracias para después de la Santa Misa.

Autobiografía (Vida Espiritual) 81

Me represento a la Virgen Inmaculada llevando en sus purísimas manos la Hostia consagrada en la custodia, hollando, con sus plantas virginales, a la serpiente infernal de mis vicios y pecados y de pie sobre el altar de mi corazón. He aquí ahora el modo como adorno la ermita de mi pecho. La fe y la caridad que procuro ejercitar con varios actos son las dos lámparas que enciendo delante de la Hostia Santa.

Cual ramillete de olorosas flores, procuro depositar a las plantas divinas de Jesús mis propósitos y resoluciones de ejercitarme en varias virtudes, ya que la castidad es azucena del cielo, la caridad es rosa encendida y la humildad es la pequeña y balsámica violeta.

Luego, uniéndome a los nueve coros de los Ángeles y a la Reina de todos ellos, la Virgen Inmaculada, me ejercito en los siguientes actos que ofrezco a Nuestro Divino Salvador Sacramentado, actos:

- 1° de fe,
- 2° de adoración,
- 3° de acción de gracias,
- 4° de desagravio por todos los pecados del mundo,
- 5° de súplica, por el remedio de todas las necesidades públicas y privadas,
- 6° de reparación y dolor, por mis propias culpas,
- 7° de adoración,
- 8° de alabanza, y
- 9° de amor a Dios y abandono de todo mi ser en las manos del Señor.

De modo que, uniéndome a los ángeles, para que me enseñen a hacer actos de fe, termino asociándome a los serafines, para que me enseñen a hacer actos de amor a Dios.

Con este método sencillo y fácil paso dulce y agradablemente ocupado todo el tiempo de mi acción de gracias que se me pasa rápidamente, de suerte que la media hora me parece sólo un cuarto. Todo esto es obra de la Virgen de mi ermita, que ha venido a ser para mí *Nuestra Señora de la Acción de Gracias*.

Bajo el Manto protector de María.

La Iglesia se complace en dirigir a la Virgen Santísima esta hermosa deprecación: "Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios": *Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix*. Invócale también con el hermoso título de Refugio de los pecadores: *Refugium peccatorum: ora pro nobis*.

Ahora bien, pocas personas habrán probado tanto como el que escribe estas líneas, la realidad de estas hermosas invocaciones. Sí, ciertamente, me complazco grandemente en confesarlo: María Santísima ha sido mi más seguro refugio, en todas las circunstancias de la vida; cuantas veces me he acogido a su poderoso amparo otras tantas he sido admirablemente socorrido por esta dulcísima Madre.

Desde los principios de mi sacerdocio clavóse en mi alma esta representación: parecíame que era yo, en el orden de la gracia, un niño muy pequeñito y como tal me acercaba confiadamente a mi dulce Madre, la Virgen Santísima, y, luego, me cubría con las extremidades de su

Autobiografía (Vida Espiritual) 85

manto. Complacíame en morar en ese amable refugio, a cubierto de las asechanzas del diablo y de las persecuciones del mundo. Allí encontraba mi paraíso y el lugar de mi reposo.

Cuantas veces acudo a ponerme y cobijarme bajo el manto de María, torno a encontrar las mismas gracias y delicias. Paréceme que por irritado que estuviera Dios conmigo, por causa de mis pecados y miserias, al ponerme bajo el manto de la Virgen Santísima, nada pueden ya contra mí todos los dardos de la justicia divina, porque, contra todos ellos, es escudo poderosísimo el manto protector de mi Madre Santísima. *Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus: ut liberentur dilecti tui* (Ps. 59. V. 6).

Otra consolación dulcísima que he experimentado, al ponerme bajo el manto de la Virgen Santísima, es la que me viene de considerar que hallándome bajo tan seguro amparo tengo forzosamente que salvarme.

Pues así como los príncipes y ministros diplomáticos llevan seguramente consigo y logran introducir al país que van, hasta objetos de contrabando y tráfico prohibido, de modo semejante, ya que no por mis méritos que no los tengo, yo entraré en el cielo, como de contrabando, protegido bajo el manto real de la Virgen Santísima.

¿Ni quién podrá arrebatarme de sus manos soberanas? Rebeca atrajo sobre Jacob las bendiciones de Isaac, siendo así que estas bendiciones no le correspondían a él sino a Esaú, su hermano

primogénito; pues también María, más amante e industriosa que Rebeca, atraerá sobre mí las bendiciones que pertenecen a Jesucristo, nuestro hermano primogénito, cubriéndome para ello con las sangrientas pieles del Cordero immaculado y amparándome bajo su manto de Reina y Madre nuestra dulcísima. Cuán gustoso me es, por esto, repetir en todas mis tribulaciones con la más segura confianza: *Suh tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix!*

Otra ocasión tuve, por algunos días, esta hermosa y dulcísima representación. Parecíame que la Santísima Virgen, como a un niño pequeñito, me tomaba de la mano y me cubría con su manto; y yo, a mi vez, me esforzaba por asirme fuertemente de la diestra de mi Madre dulcísima, la estrechaba entre mis manos y la cubría de besos.

¡Qué consuelo experimentaba al considerar que esa diestra soberana que yo tenía ahora por mía, es la que empuña el cetro del universo, la que dispone, por decirlo así, de las gracias de Jesús nuestro Salvador divino y la que firma la sentencia de eterna predestinación, en favor de sus devotos, sentencia que el divino Juez no deja jamás de confirmar su irrevocable fallo.

Tal dulzura, suavidad y encanto produjo en mí esta consideración que por varios días anduve como embebecido en ella y saboreando su exquisita dulzura.

Si María nos guarda entre sus manos poderosas y santísimas, si tiene nuestra alma custodiada en ellas, ¿quién nos podrá hacer ningún daño

Autobiografía (Vida Espiritual) 87

jamás?... *Iustorum animae in manu Dei sunt* (Sap., 3. 1) y, por consiguiente, también: *in manu Marie sunt.*

FINEZAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN
PARA CONMIGO.

La gratitud es un deber imperioso, de cuyo cumplimiento no hay causa que nos pueda excusar jamás. Si por pobres y desvalidos no podemos ofrecer dones que deseáramos a nuestros benefactores, paguémosles, al menos, con el recuerdo constante de los beneficios que nos han dispensado, paguémosles con el reconocimiento.

Esta es la humilde ofrenda que quiero ahora depositar a las plantas de mi Madre Santísima que tan buena, amable y generosa ha sido conmigo durante toda mi vida, a pesar de las ingratitudes con que siempre le he correspondido.

Los beneficios que durante mi vida he recibido de la Santísima Virgen son innumerables y variados, sólo aquellos que yo conozco y recuerdo; ¿y cómo podría contar los innumerables que no conozco y que iré a saberlos solamente en la eternidad? Desde luego estoy persuadido, conforme a las enseñanzas de San Bernardo, San Ligorio y el teólogo Suárez que no he recibido gracia alguna del Cielo que no me haya venido por manos de María. *Quia haec est voluntas Dei, nos*

Autobiografía (Vida Espiritual) 89

dice San Bernardo, qui omnia nos voluit habere per Mariam. A esta Madre Santísima debo pues la gracia de mi vocación, a la verdadera fe, la gracia de haber sido regenerado en las ondas del santo Bautismo, la educación cristiana que he recibido en mi niñez y juventud, la gracia de la vocación al sacerdocio y al estado religioso, y, sobre todo, la gracia de no haber sido precipitado al infierno, como tantas veces lo he merecido por mis pecados. Pero, prescindiendo de estos beneficios que podría llamar generales, hablaré de algunos otros especialísimos, por los cuales debo también muy especiales acciones de gracias a mi Madre Santísima.

Era por ahí, el ocho de Septiembre de 1897. Hallábame en Azogues, cuando, entre despierto y dormido, oigo una voz dulcísima que me dice:

"Prepárate. Muy pronto será contigo el negocio de la muerte. ¿No agradecerás este aviso que te da tu Madre, María?". . . Efectivamente este aviso produjo en mi alma una impresión muy profunda. Agradecí a mi Madre dulcísima gracia tan preciosa y principié a arreglar los asuntos de mi alma, preparándome a la muerte.

Como un mes después, hallándome en nuestra casa de la Merced, en Cuenca, torné una mañana, al despertarme en mi lecho, a escuchar este segundo aviso: "Morirás de fiebre tifoidea". Vino entre tanto el adviento e hice mis ejercicios, seguro de que estaba próxima mi muerte. En esto, el Señor Rodolfo Álvarez, sacerdote de nuestra Congregación, a fines de aquel mismo año, enfermase de fiebre tifoidea y muere a los pocos

días. Conocí claramente que por altos designios del Cielo, el Señor Álvarez se sustituyó en mi lugar y murió él para que yo viviera. Esta gracia, de que se prolongase mi vida por algunos años más, me alcanzó la Virgen Santísima; seguramente conoció que no estaba yo entonces preparado para la muerte.

En seguida vino el año sumamente aciago de 1898 para Cuenca, en que toda esta población fue víctima de la persecución radical, promovida por el General Manuel Antonio Franco.

Era en los primeros días de Diciembre de aquel año, cuando, el viernes dos de aquel mes, ocurrió en esta ciudad, por la noche, una pequeña función de armas entre las tropas del Gobierno y una partida de jóvenes, a consecuencia de lo cual, el sábado siguiente por la mañana, esto es el tres, fue envuelta toda la ciudad en una horrenda persecución; varios estimables sacerdotes fueron reducidos a prisión y muchas familias, víctimas de salvajes atropellos; a pesar de todo continuaba yo en mi convento de la Merced, con ánimo de no ausentarme de él, pues no habiendo tomado, desde que soy sacerdote, parte jamás en partidos políticos, mucho menos en revueltas, de que siempre he sido enemigo, pensaba yo que el Gobierno radical no tenía por qué perseguirme.

Pero, no fue así, pues el General Franco, desde que pisó Azogues preguntó por mí, y me persiguió con feroz encarnizamiento, hasta mandar a la lejana hacienda del Rosario una numerosa escolta, con orden de que allí donde me tomen, allí me

Autobiografía (Vida Espiritual) 91

fusilen; como lo he llegado a saber después, por gravísimas pruebas y declaraciones de los mismos que intervinieron en mi persecución y fueron los primeros autores de ella. Sin embargo, plugo a la Virgen Santísima salvarme con su poderoso brazo de esta persecución tan injusta como inesperada, sin que mis gratuitos enemigos hubiesen podido jamás ni apresarme, ni inferirme el menor mal, porque nunca estuve al alcance de ellos. (1)

(1) Las apuntes anteriores se hicieron durante el año del primer quincuagenario de la Proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, contado desde el 8 de diciembre de 1904, hasta igual fecha de 1905. Leyéndola después de veinte años, su lectura ha hecho no poco bien a mi alma, por lo cual y por cumplir con una penitencia sacramental, creo de mi deber continuarlos, lo que haré, así como dispongo de tiempo y oportunidad para ello, contando siempre con los auxilios del Cielo, mediante la protección poderosa de la Virgen Santísima. Cuenca, Febrero 16 de 1924.

**PROTECCIÓN ESPECIAL QUE ME HA
dispensado la SANTÍSIMA VIRGEN,
EN VARIOS ACCIDENTES GRAVES DE MI VIDA.**

El año de 1898, como digo en el párrafo anterior, fue sumamente aciago para mí, pero también colmado con singulares muestras de protección de la Santísima Virgen, en mi favor.

En los primeros días de Diciembre de dicho año, entró en Cuenca el General Dn. Manuel Antonio Franco, enviado desde Quito, por Alfaro, el dictador de entonces para arrasar el catolicismo en esta Provincia y cimentar en ella el radicalismo.

Desde que Franco pisó en Cuenca principió una persecución tan feroz contra el Clero y los católicos, como no se había visto jamás otro semejante en esta región; basta decir que todo el clero tuvo que ausentarse de la ciudad y en la Catedral cesaron las misas llamadas de nueve, lo que no había sucedido jamás. Yo no quería ausentarme de la ciudad, porque tenía conciencia de no haber dado motivo alguno de queja a las autoridades; pero todos los radicales tenían contra mí la más

Autobiografía (Vida Espiritual) 93

rabiosa inquina, porque, durante la administración de los presidentes Caamaño, Flores y Cordero, había yo defendido la causa católica: así en la Convención de Quito del año 1884, como en los congresos siguientes hasta la entrada de Alfaro, para apoderarse del mando de la República.

Tan pronto como el general Franco llegó en Azogues, con su tropa, preguntó por mí y añadió: "Recuerdo muy bien los malos ratos que en la Convención me hizo pasar ese clérigo", y resolvió perseguirme hasta matarme, si era necesario, para efectuar sus planes.

La protección del cielo en mi favor brilló, entonces, de manera admirable; porque, estando yo resuelto a no salir de Cuenca en tales circunstancias, una persona me instó para que lo hiciera, avisándome que los radicales tenían contra mí las más negras intenciones; y para obligarme a salir de la ciudad me proporcionó un caballo.

Advertí que no debía obstinarme en mi resolución, sino aprovechar de las facilidades que me brindaban la divina Providencia, para evadir los peligos que me cercaban.

Era ya tiempo, pues en esos momentos entraba ya el General Franco con su tropa (eran las cuatro y media de la tarde); al instante ensillé mi caballo y partí para Paute, por la vía de Jadán, donde pasé aquella noche. Uno de los primeros actos de Franco fue despachar contra mí una escolta, para que me tomaran preso; pero, por una protección visible del cielo había yo escapado ya de sus garras.

Llegué a Paute, donde no permanecí sino dos días y a buena hora, pues apenas había salido de Paute con dirección a los yungas de Cañar, a la hacienda del "Rosario" del Sr. Dn. Juan de Jesús Pozo, cuando otra escolta de Franco llegó a Paute, en mi persecución, pero también cuando había salido yo de ese pueblo, por segunda vez, pues, y por otra protección visible del cielo, escapé también de las garras del radicalismo.

En la hacienda del Rosario, que está a tres jornadas de Cuenca, me creía ya seguro, pero no fue así, porque pasados quince días el gobierno (Franco era entonces el gobierno de Cuenca), que sabía mi paradero, por medio de espías, uno de los cuales fue el Sr. D. V. M. A., despachó una escolta contra mí, con dirección a la hacienda del Rosario; pero hiciéronlo con tal cautela, que los soldados de esa escolta salieron de Cuenca a las seis de la tarde y no en pelotones, sino cada uno separadamente de los otros.

Llegaron en Azogues, a eso de las diez de la noche, uniéronse con los otros soldados que estaban acantonados en esa ciudad y a esa misma hora salieron para Cañar. El Bueste lo pasaron con faroles a eso de la una de la mañana, con mucho trabajo, por ser días de lluvias, tanto que un soldado cayó en uno de esos baches, y se rompió un brazo.

Avanzaron hacia adelante y a las cuatro de la mañana llegaron a Cañar. Sin detenerse allí, toda la escolta, compuesta de cincuenta hombres, al mando del capitán Abelino Acosta (nativo de Tulcán) prosiguió, incontinenti, la marcha hacia la

Autobiografía (Vida Espiritual) 95

hacienda del Rosario, a donde llegaron a eso de las siete de la noche, habiendo caminado penosamente todo el día, por ser época de lluvias y por esos caminos que en todo tiempo son pésimos, pero especialmente en el invierno.

Llegaron todos esos hombres en la hacienda del Rosario, por ser ya de noche, hospedáronse en las casas de Gúlag, que están al principio de dicha hacienda, por el lado de Cañar; inmediatamente apresaron a toda la gente que encontraron en esas casas, hombres y mujeres, niños y adultos y los encerraron en una pieza, para, que nadie pudiera escapar de allí y fuera a la hacienda la principal, donde yo me hallaba, a dar noticia de la llegada de la escolta.

Pero no fue así, porque un muchacho, como de quince años, logró horadar las paredes, dentro de las que estaba encerrado, huyó de allí y, marchando de prisa, bajó a la casa principal de la hacienda, donde yo me hallaba y dio aviso al Sr. Pozo, dueño de la hacienda, y a mí, que había llegado la escolta en Gulag Ese posta improvisado nos refirió todo lo que había hecho el capitán Acosta y cómo indagó minuciosamente cuanto se refería a mi persona, esto es: a qué horas comía, me acostaba y celebraba la Santa Misa, etc., de lo cual parecía claro que todo su empeño era dar conmigo y toda su comisión se reducía a apresar-me y fusilarme.

Preguntaba Acosta a esas pobres gentes a qué hora celebraba yo la Misa, porque la consigna que llevaba era caer con su escolta al tiempo que

estaba yo en el altar celebrando el santo sacrificio y allí mismo hacer una descarga de fusilería sobre mí y matarme.

Así lo declararon después a personas dignas de toda fe (una de ellas el ya finado dueño de El Rosario, Dn. Juan de Jesús, que me lo refirió), así lo declararon, repito, el jefe político del Cañar Dn. Aurelio Ochoa y el gobernador de Azogues, en ese entonces, Dr. Dn. Gonzalo Córdova. Confieso que cuando esto supe, años después, me arrepentí de haber fugado del Rosario, pues había estimado como una gracia insigne, el que me inmolaran, en odio a la religión, mientras yo celebraba la Santa Misa, pues así habría yo unido mi muerte al sacrificio divino del Calvario, renovado místicamente cada día en la Santa Misa y mi sangre se habría confundido con la divina de Jesús en el mismo cáliz. Ignoraba yo las negras intenciones que traían contra mí el capitán Abelino Acosta y su escolta, aunque sí calculaba que venían a aprehenderme y conducirme preso a Cuenca, para presentarme ante el general Franco.

A esa hora, en que recibí el aviso, entre las diez y once de la noche, tomé una bestia que me dio el dueño de la hacienda y, acompañado de un guía y del ya finado Sr. Dn. Abel Landívar, por caminos excusados y de montaña, en una noche oscurísima y lluviosa partí a un lugar distante de la casa de hacienda, como dos horas.

Nos hospedamos en una choza abandonada, desde donde veíamos claramente un continuo movimiento de luces en la casa de hacienda que

Autobiografía (Vida Espiritual) 97

habíamos dejado. Juzgamos que ese movimiento de luces será motivado por la llegada de la escolta; pero no fue así: al siguiente día, a la hora precisa en que yo salía a celebrar la Santa Misa en la capilla de la hacienda, llegó allí la escolta que iba en mi persecución.

El capitán (o comandante) Acosta apenas llegó en la expresada casa preguntó por mí, y como le dijese que me había ausentado durante la noche anterior, no lo creyó e hizo atormentar a algunos peones de la hacienda, para que declarasen dónde me había ocultado yo; los peones declararon que yo había marchado a San Vicente, porque me vieron tomar ese camino; pero yo, mientras marchaba por esa senda, advertí que podían delatarme, como así sucedió efectivamente, y tomé otra dirección en mi marcha. Viendo la escolta frustrados sus planes, salió de la hacienda y fue hacia otro lugar y, después de pocos días, regresó a Cuenca, sin haber logrado apresarme.

¿Quién frustró las medidas tan bien tomadas por el gobierno de Franco (teniente de Alfaró) para apresarme? . . . Mi única respuesta es que la divina Providencia, mediante la intercesión poderosa de la Santísima Virgen y de San José, frustró los planes de los furiosos radicales que andaban en persecución mía y que seguramente me habrían no sólo apresado sino muerto, sin esa manifiesta intervención del cielo a mi favor.

Así me atrevo a creer, porque algunos meses antes, hallándome en Cuenca, tuve esta visión.

Me pareció que andaba yo en compañía de la sagrada familia por cerros y por bosques, lejos de todo camino no transitado y de toda población, cuando en esto sobrevino la noche y tuve que hacer una parada en un lugar agreste y solitario; la Santísima Virgen y el Niño Jesús, así vestidos como estaban, se recostaron en el duro suelo, a dormir y descansar un poco; San José y yo nos alejamos un tanto y, descansamos igualmente vestidos, sobre el suelo.

En esto, apercibió San José que ardía una pequeña brizna de paja y, como si nos persiguieran y, por esa pequeña llama, pudieran los perseguidores dar con nosotros, me hizo el Santo señal de que apagara aquella pequeñísima luz y desbaratara la fogata hasta que no quedara ni rastro de humo, como lo hice efectivamente.

Desapareció la visión, pero yo quedé persuadido que iba a armarse contra mí una persecución y de que en ella debería andar yo tan cauteloso, que no diera yo el menor indicio, por el que pudieran dar conmigo mis perseguidores; y así se verificó efectivamente, como dejo referido.

MIS SIETE VOTOS EN HONOR DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Tan grande es nuestra poquedad y miseria que nada podemos, valemos, ni somos, y que aún eso mínimo que parece ofrendamos a Dios, al fin y al cabo resulta que no son obras nuestras sino dones exclusivos del Altísimo, y a nosotros no nos queda sino la vergüenza de haber correspondido tarde y mal a los beneficios del Cielo.

Así ha pasado con los siete Votos que actualmente me ligan a la Santísima Virgen, y que los menciono aquí, para recordar de ellos, no como obras meritorias mías, sino como dones de Dios a lo que he correspondido tan mal, aunque tengo la resolución de ser en adelante más agradecido con Dios y más fiel en el cumplimiento exacto de esos sagrados compromisos con la Reina del Empireo.

Los apunto aquí, pues, me ha acontecido ya, que con el transcurso del tiempo he llegado a olvidar algunos de mis compromisos con Dios o la Santísima Virgen, o recordarlos solamente en confuso; mientras que, cuando esos mismos compromisos están escritos, con sólo tornar a leerlos se

Autobiografía (Vida Espiritual) 101

refresco su memoria cual si los hiciera por primera vez. Muchísimas veces he estado resuelto a poner por escrito estos votos, pero me ha impedido hacerlo el temor de que este escrito pudiera caer en manos extrañas y se enteren del interior de mi alma; mas al fin veo claro que mayor provecho resulta a mi alma de que estos votos estén escritos y no confiados sólo a la memoria que es tan inestable y frágil.

1) Primer Voto, el de Castidad.-

El primer Voto con que me ligué al servicio de la Santísima Virgen, de modo estable y perpetuo, fue el de Castidad. Tenía yo la edad de nueve o diez años cuando lo hice ante el altar de Nuestra Señora de La Luz, esto es ante la preciosa Imagen de la Virgen Santísima de esta advocación que se venera en el retablo principal del templo del Corazón de Jesús, de esta ciudad.

Yo frecuentaba mucho esa iglesia, porque me confesaba, en ella, con uno de los señores León que eran los capellanes de ese pequeño santuario.

Como ese voto lo hice tan niño, siendo, como he dicho, de nueve años, más o menos, no sabía, por entonces, bien a qué me había comprometido ni las obligaciones de este voto; y como nunca lo he puesto por escrito, sino ahora, por primera vez, no tengo ideas claras de ese compromiso. Lo que recuerdo con toda claridad es:

1° que ese voto lo hice a la Santísima Virgen, consagrándome por siervo suyo hasta la muerte;

2° que por ese voto me obligué a no casarme jamás con nadie; y

3° que desde ese día me he considerado siempre, como que yo soy propiedad y cosa exclusiva de la Santísima Virgen que es no solamente mi Reina y mi Madre, sino mi dueña exclusiva.

Algunos años más tarde, siendo estudiante de teología y conociendo la extensión y las obligaciones propias de ese voto, ratifiqué el que había hecho de niño, pero ya en forma de Voto de perfecta y perpetua Castidad. Probablemente esto lo he de haber hecho con aprobación y conocimiento de mi confesor, pero ahora no lo recuerdo; lo que sí he advertido de modo muy claro es que, por ese Voto, la Santísima Virgen me ha acogido por hijo suyo y me ha dispensado, en todo tiempo, la protección más eficaz y poderosa. Más que todos los demás votos, éste es el que, como una cadena de oro, me ha atado siempre de modo fortísimo e indisoluble al amor y servicio de la Santísima Virgen.

2) Mi Voto de Consagración perpetua a la Santísima Virgen.-

Era yo alumno externo (que jamás fui interno en ningún colegio) de los RR. PP. Jesuitas, y me confesaba con el Padre Domingo García. Este religioso, como confesor mío que era, me instaba constantemente a que yo hiciera voto perpetuo de consagrarme a los Corazones Santísimos de Jesús y María; yo lo rehusaba siempre, porque quería pertenecer a la Santísima Virgen por el voto de

Autobiografía (Vida Espiritual) 103

castidad y nada más. Pero de tal modo me instó el Padre y casi me obligó, que al fin accedí a sus insinuaciones y, en manos del mismo Padre, mi confesor, hice Voto de perpetua Consagración a los Corazones Santísimos de Jesús y María, obligándome por él, bajo pecado, a trabajar en la propagación del culto a estos Corazones Santísimos, sea de palabra, sea de obra, ya por medio de exhortaciones, pláticas o simples conversaciones, ya distribuyendo estampas, medallas, impresos, etc., etc.: doce actos de esta clase, u otros semejantes bastan en el curso de cada año, para dejar cumplido el voto. Me parece que, con la gracia de Dios, así lo he practicado hasta ahora y tengo intención de practicarlo hasta el fin de mi vida. Este voto que es largamente explicado en varios devocionarios piadosos y es reconocido con el título de "Tesoro de verdadera santidad" es facilísimo de ser practicado por los sacerdotes, para quienes, ciertamente puede convertirse en fuente de preciosísimas y celestiales bendiciones.

3) Mi voto de Amor a la Santísima Virgen.-

Estando ya consagrado perpetuamente con voto a los Corazones Santísimos de Jesús y María, como lo refiero en el párrafo anterior, sentía interiormente que la gracia de Dios me apremiaba a perfeccionar esta consagración, obligándome con otro voto que no sería sino el complemento del anterior, a amar al Corazón Santísimo de Jesús sobre todas las cosas y a la Santísima Virgen sobre todas las criaturas. Me halagaba muchísimo la idea de poder realizar este compromiso, pero me arredraba la consideración

de mi miseria. Algunos años luché con la gracia que me estrechaba fuertemente a hacer este voto y el temor de faltar a él que me quitaba serenidad y valor para hacerlo. Finalmente, siendo ya sacerdote, por más de diez años, el veinte y uno de Septiembre de mil ochocientos noventa y uno, hice, durante una Misa que celebre en el altar de nuestra Señora de las Mercedes *Mi voto de amor a Dios sobre todas las cosas y a María Santísima sobre todas las criaturas*, esto es, después de su divino Hijo, obligándome:

1° a no cometer jamás deliberadamente un pecado mortal que es lo que extingue la caridad de Dios en el alma;

2° a ejercitarme frecuentemente, por lo menos unas dos veces al día en actos de amor a Dios.

La primera obligación bajo pecado mortal, de modo que, si alguna vez tuviese la desgracia de incurrir en él, ese pecado mortal sería una doble ofensa a Dios, por ser, primero contra la ley de Dios, y, segundo, contra el voto.

La segunda obligación del voto, esto es, la de ejercitarme diariamente en actos de amor a Dios, me he comprometido a llenarla bajo el reato de fidelidad a Dios, pero no bajo pecado.

En cuanto a la otra parte del voto, me he obligado igualmente bajo pecado mortal y a ejercitarme diariamente en actos de amor a esta dulcísima Reina y Madre mía, siquiera unas doce veces cada día; pero, esto último, no bajo pecado, sino sólo bajo reato de fidelidad.

Autobiografía (Vida Espiritual) 105

Estos votos los hice con expresa autorización y aprobación de mi confesor.

4) Mi Voto de Inmolación.-

Los tres anteriores, en vez de asustarme, me llenaban de santo júbilo, pero el Voto de Inmolación me ha aterrado siempre y, sin embargo, me sentía fuertemente impulsado a hacerlo, no por mí mismo, sino por una fuerza extraña que no podía venir sino de la gracia y esto, desde que era yo seglar.

Siendo ya sacerdote, un religioso dominico y de notable mérito en su orden, con quien me confesé por una vez sola en mi vida, pero a quien nada dije acerca de estas disposiciones interiores de mi alma, que le debían ser totalmente desconocidas, sin una luz de lo alto, ex abrupto, me impuso por penitencia sacramental que me consagrara yo por víctima al Sagrado Corazón.

Esto me asustó grandemente y, sin decirle nada de mi interior, aunque aceptando el consagrarme por víctima al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen, rogué al confesor que me cambiara la penitencia sacramental, pues no quería así ser víctima expiatoria de mis propios pecados, sino víctima del puro amor a Dios.

El Padre escuchó benignamente mi súplica y me cambió la penitencia. Pero, desde entonces, conocí clarísimamente que, aunque era yo totalmente indigno de ser consagrado a Dios como víctima, era su voluntad santísima que le hiciera esta

consagración. Consulté pues el caso con otros confesores y todos me dijeron que en verdad era así. No podía después de esto dudar que Dios me exigía este sacrificio.

Pedí a Dios viniera en mi auxilio con su gracia y me preparé del modo que pude para realizar lo que Dios exigía tan manifiestamente de mí.

Al fin el día 19 de Septiembre de 1890, fui con esta intención a celebrar la Santa Misa en la Iglesia o Capilla del Corazón de María y allí, a los pies de la santa imagen de este título, y durante el divino sacrificio de la Misa, hice a Dios y a su Madre Santísima, *Mi Promesa de Inmolación*.

Al regresar al Convento de la Merced, noté que, en mi celda de habitación, había, alguien, colocado en mi mesa de trabajo, ante una pequeña imagen de la Santísima Virgen que siempre he tenido conmigo, un hermoso lirio morado recién entreabierto; me sorprendió esto no poco, porque jamás nadie había hecho antes conmigo este acto de atención, totalmente inusitado en el Instituto, por lo cual, tomé esto como indicio de que la promesa que acababa de hacer había sido del agrado de la Santísima Virgen y, efectivamente, nunca jamás he llegado a saber quién haya puesto esa flor en mi pieza. Desde entonces he cogido y tengo al lirio morado por emblema o símbolo de mi voto de inmolación.

Por último, el día 21 de Noviembre de 1891 fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el templo, junto con los votos antes referidos de amar a Dios sobre todas las cosas y a la Santísima

Autobiografía (Vida Espiritual) 107

Virgen más que a todas las criaturas, después de su divino Hijo humanado, hice también, durante la Santa Misa, en la iglesia de la Merced, *mi Voto de Inmolación al Santísimo Corazón de Jesús*, ofreciéndome por víctima suya, para que me sacrifique y me consuma, como sea de su divino agrado y en aras de su divino amor y, también, de inmolarme y sacrificarme por la mayor gloria del Corazón maternal y purísimo de María.

La explicación de este voto consta del papel firmado en esta misma fecha con mi sangre; en ese papel digo que "me obligo, bajo pecado mortal, a hacer, aunque me cueste la vida, lo que mi prelado o mi confesor me mandaren, bajo precepto de obediencia, cosa que sea de la mayor gloria del Corazón Santísimo de Jesús, o de la mayor gloria de la Santísima Virgen".

Pero, aunque en último resumen esta es la mayor obligación de este voto, su espíritu es que debo hallarme siempre listo a ser sacrificado del modo que la Voluntad divina quisiera disponer de mí, a mayor gloria de Dios y de su Madre Santísima. De hecho, en la presente Cuaresma, el Ilmo. Sr. Obispo Hermida me encargó dar unos días de ejercicios, en la iglesia de la Catedral, para preparar a los fieles de esta ciudad, a prepararse a renovar su Consagración al Divino Corazón de Jesús, con motivo de la conclusión del año jubilar o quincuagésimo de la Consagración de nuestra República a este divino Corazón; y, aunque me sentía enfermo, acepté gustoso el encargo de Su Ilma., y di los ejercicios en cumplimiento de mi Voto de Inmolación.

108 *José Julio María Matovelle*

5) Mi Voto de perpetua Esclavitud hecho a la Santísima Virgen.-

Consta este Voto de la siguiente esquela firmada de mi mano y que la conservo hasta hoy:

-“En Cuenca, a veinte y uno de Octubre de mil ochocientos ochenta y ocho, domingo, Fiesta de la Pureza Virginal de la Madre Santísima.- En testimonio de mi absoluta y perpetua Consagración a María y de que todo mi ser es propiedad exclusiva suya, renuevo en este día mi *Voto de perfecta Castidad* y me doy y entrego a María Santísima no sólo por esclavo, sino por cosa y propiedad suya en tiempo y eternidad.- Julio Matovelle”.

Mas, como en el voto de esclavitud no consta obligación ninguna proveniente del mismo, para precisarlo de modo bien claro y determinar las obligaciones en fuerza del voto, resolví que mi *Voto de Esclavitud y perpetua Dependencia de la Santísima Virgen* se resolviese en el *Voto de Perseverancia* hasta la muerte en la Congregación de Sacerdotes Oblatos; de suerte que, precisamente, en cuanto soy esclavo de la Santísima Virgen, estoy obligado a servirla en su casa, esto es a perseverar hasta mi muerte en la Congregación de Oblatos (que es casi como esclavos) de los Corazones Santísimos de Jesús y María.

En consecuencia, hice, primeramente, de un modo público, mi voto de perseverancia en dicho Instituto, entonces, no solamente con aprobación de mi confesor, sino con autorización del Ilmo. Sr. Pólit, Obispo de la Diócesis, hice, no yo únicamente, sino con otros varios miembros del Instituto,

Autobiografía (Vida Espiritual) 109

voto de perseverancia en él hasta la muerte y los votos anuales de pobreza, castidad y obediencia, el veinte y dos de Agosto de mil novecientos nueve, en la octava de la Fiesta de la Santísima Virgen, esto es de su Asunción gloriosa a los cielos, como consta del Libro de Profesiones de la Congregación.

Estoy, pues, obligado a perseverar hasta mi muerte, en dicho Instituto, por haberme consagrado por esclavo a la Santísima Virgen y todo esto bajo reato de pecado mortal.

6) Mi Voto de profesar y defender, si es necesario con el sacrificio de la vida, la creencia católica de la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma a los Cielos.-

Este voto lo hice en la Fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, de 1898, obligándome, además, bajo pecado mortal, a hacer cada año algún esfuerzo, alguna gestión, alguna publicación o cualquier otro trabajo, por mínimo que sea, que tienda a alcanzar de la Santa Sede la pronta definición de ese dogma o a difundir entre los fieles una devoción más marcada y fervorosa a la Asunción de la Santísima Virgen o, por lo menos, a hacer conocer mejor esta creencia entre los fieles.

Un sermón, una plática, una exhortación cualquiera o un escrito por la prensa relativamente a este misterio, hechos una sola vez en el año, basta para que quede cumplido este voto; y así se ha realizado hasta hoy, con la gracia de

Dios. Esta es la letra o la obligación estricta de este voto; pero su espíritu está en que se profese una fervorosa devoción a este misterio de la Santísima Virgen y se procure sacar como fruto de esta devoción, un deseo ardiente de vivir constantemente preparados a la muerte y resignados a la voluntad de Dios, a imitación de la Santísima Virgen en su Tránsito glorioso.

7) Mi Voto de compadecer y acompañar a la Santísima Virgen en sus Dolores.-

Siendo esta mi devoción favorita y considerándome como hijo de los Dolores de esta Madre incomparable, era forzoso que rindiera mi pleito homenaje a este misterio tan tierno y conmovedor de la Reina del cielo.

Desde niño, de edad de seis o siete años, cuando más, ofrecí a la Santísima Virgen rezarle cada día, hasta mi muerte, siete Ave Marías en honra de sus siete Dolores y, con la gracia y auxilio de Dios, lo he cumplido fielmente hasta hoy; si alguna vez he dejado, quizás, de hacerlo, habrá sido sin advertirlo y por olvido involuntario; lo que es voluntariamente, jamás, con la gracia de Dios.

Desde hace muchos años, a las Ave Marías por los Dolores de la Santísima Virgen, he añadido rezar, diariamente también, otras siete Ave Marías, en honra de las siete principales estaciones de la Soledad de la Santísima Virgen y, además, el himno o sequencia del *Stabat Mater Dolorosa*; lo cual, desde entonces hasta hoy, he cumplido, también exactamente, auxiliado por

Autobiografía (Vida Espiritual) 111

la gracia divina. Sobre todo esto, no recuerdo en qué tiempo ni en qué año hice a la Santísima Virgen el voto, pero solamente bajo pecado venial, de rezar diariamente hasta mi muerte las siete Ave Marías, antes indicadas en honor de los Siete principales Dolores de la Reina del cielo; Ave Marías que van precedidas, cada una, de una estrofitita en verso en que se menciona cada Dolor, separadamente; estrofitas que las aprendí cuando niño y que las recito hasta el día de hoy.

Esta es la cadena de oro con que estoy atado, de modo irrevocable y para siempre, a la cruz y a la Santísima Virgen.

Sancta Mater istud agas,
crucifixi fige plagas
cordi meo valide.

Juxta crucem tecum stare,
et me tibi sociare
in planctu desidero.

Fac ut portem Christi mortem,
passionis fac consortem
et plagas recollere.

Flammis ne urar succensus,
per te, Virgo, sim defensus
in die iudicii.

Christe, cum sit hiñe exire,
da per matrem me venire
ad palmam victoriae.

Quando corpus morietur
fac ut animae donetur
paradisi gloria.- Amen.

MI PACTO CON LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Varias veces había leído, en libros serios y dignos de fe, que hombres miserables llevados del ímpetu de desenfrenadas pasiones habían hecho, con el diablo, el pacto horrendo y criminal de vender su propia alma a este espíritu réprobo, si él les facilitaba satisfacer algún apetito brutal de esas innobles pasiones.

Entre otros casos se me vino a la mano el siguiente. Un mozo perverso se había enamorado perdidamente de una joven, pero no habiendo logrado seducirla, a pesar de todos los artificios empleados para ello, invocó en su favor al diablo, y, habiéndosele aparecido, en justo castigo de sus crímenes y por permisión de Dios, este espíritu infernal ofreció a aquel libertino que le facilitaría la realización de sus malvados intentos si, en cambio, le vendía el alma, por escritura firmada con su sangre.

El desgraciado joven accedió a todo cuanto le propuso el tentador, vendió a éste el alma, cometió el pecado infame que maquinaba, y, luego, fue su alma arrebatada por el diablo y se condenó para siempre.

Autobiografía (Vida Espiritual) 115

Cuando leí este caso, dije, para mis adentros: "Si este desgraciado pecador pudo vender su alma al diablo y quedó efectivamente vendida y se perdió por toda la eternidad, ¿por qué no podré yo vender mi alma a la Santísima Virgen, si esta poderosa Reina, por precio de esta venta, me alcanza de su divino Hijo un tierno y ferviente amor a Dios, me libra de todo pecado mortal en todo el resto de mi vida y me alcanza la gracia de mi salvación eterna?" Meditado el asunto durante algún tiempo, al fin tomé la pluma y firmé con mi sangre la obligación siguiente, cuyo original coloqué como en el mejor archivo y depósito, en el pecho de una imagen de la Santísima Virgen:

MI PACTO CON LA VIRGEN SANTÍSIMA

"En presencia del cielo y de la tierra e invocando como testigos a los Ángeles y Santos, vendo mi alma, irrevocablemente y para siempre, a María Santísima, Madre augusta de Dios, Reina del cielo y Madre amabilísima mía. Por precio de esta venta me alcanzará mi Reina dulcísima tres gracias:

1º profesar toda mi vida un amor ardentísimo a Jesucristo Señor nuestro;

2º salir de este mundo purificada plenamente mi alma, de todo pecado; y

3º morir en un acto de amor purísimo a Dios. En cambio la Santísima Virgen tendrá derecho perfecto para disponer, en tiempo y eternidad de mi alma, como de cosa y propiedad que exclusivamente le pertenece; podrá, por lo mismo, atra-

vesar con las siete Espadas de sus Dolores, enclavarla en la Cruz e inmolarla a su voluntad, sin que tenga yo derecho a quejarme jamás de sus disposiciones, por severas que parezcan a mi débil y miserable naturaleza, pues toda cosa es de su dueño y, toda propiedad, de su señor.

En fe de lo cual y, después de invocar el auxilio de la gracia divina, firmo con mi sangre el presente PACTO, en Cuenca, a veinte de Septiembre de mil novecientos tres, en la Fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores Julio María Matovelle”.

Firmado este Pacto que lo renuevo todos los días, antes de celebrar la Santa Misa, no tengo cosa alguna mía, pues cuanto soy y tengo o de cualquier modo me pertenece, todo se lo he dado y cedido a la Santísima Virgen; por consiguiente, cuerpo y alma, sentidos y potencias, bienes materiales y espirituales, virtudes y méritos, salud y vida, todo, absolutamente cuanto me pertenece, todo es propiedad de la Santísima Virgen.

Sin ningún esfuerzo, pues, sino como una consecuencia lógica de este Pacto, hice el Voto en favor de las almas del Purgatorio, cediendo en bien de ellas, esto es en sufragio de estas benditas almas, todos los méritos sobrenaturales que yo, con la gracia de Dios, pudiera adquirir en vida, de modo que todo el mérito satisfactorio que pudiera tener por alguna obra buena que hiciese con la gracia de Dios, todo sea aplicado a esas almas justas, a elección de la Santísima Virgen, quien como dueña de esos méritos tiene derecho perfecto para disponer de ellos, como fuese de su agrado.

DOS INSIGNES FAVORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Dice el Padre Nieremberg, citando a San Bernardino de Siena, que la Santísima Virgen es cortesantisima y que jamás deja sin recompensa el más mínimo obsequio que se hace en su honor, pues cuantas veces la saludamos, aunque sea sólo con un Ave María, al instante nos contesta con otra salutación desde el cielo.

Pero, cuando de manera más clara y manifiesta se experimenta esta protección de la soberana Reina es en las grandes angustias y tribulaciones de la vida; entonces, sobre todo, aparece como verdadera Madre de clemencia y misericordia en favor de cuantos con fe y confianza le invocan, aunque sean pecadores.

Yo experimenté esta protección admirable y eficaz de la augusta Emperatriz de los cielos, cuando el gobierno de Alfaro, por medio de su agente, en Cuenca, el general Franco, me persiguió con furor y saña hasta dar orden a sus escoltas de que me maten donde me encuentren. Y, sin embargo de las exquisitas precauciones que esas escoltas tomaron para prenderme, nunca dieron conmigo

Autobiografía (Vida Espiritual) 119

y, por lo mismo, ni me apresaron, ni pudieron irrogarme ningún mal, porque la Santísima Virgen me defendía; así lo experimenté y casi palpé en repetidas ocasiones.

Pero entre las innumerables mercedes que he recibido de la Santísima Virgen hay una tan extraordinaria y grande que no la puedo olvidar jamás y así la recuerdo siempre con inmensa gratitud para con esta bondadosísima Reina y amorosísima Madre. Por mis miserias y pecados he sido indigno de recibir semejantes favores del cielo, pero ya que los he recibido, el deber sagrado de la gratitud me ha obligado a recordarlos en este escrito que no está hecho para ver la luz pública y que es de mi uso exclusivamente privado.

El caso ocurrió de la manera siguiente. Habiéndome escapado casi prodigiosamente de caer en manos de la escolta del capitán Abelino Acosta, enviada contra mí por el General Franco, a las yungas de Cañar, como queda referido arriba, salí de la hacienda del Rosario, de la propiedad del Sr. D. Juan de Jesús Pozo, donde había permanecido como dos meses; y, a fines de Enero de 1899, me trasladé a Cañar, a la hacienda de Jer, de propiedad de la Sra. Juana Valdivieso de Astudillo, con el ánimo de pasar hasta Paute y, de allí, a Palmas, como lo realicé efectivamente, por ser este último lugar mucho más tranquilo que la hacienda del Rosario.

En virtud de estos arreglos, llevando conmigo, por único compañero de viaje a un guía, por caminos extraviados, llegué en Jer, la tarde del 1° de Febrero de 1899. Situado ya en esta hacienda,

el mayordomo de ella asignó para mi alojamiento un pequeño gabinete, donde había estado guardada una estatua de madera de la Santísima Virgen, de tamaño natural y vestida de telas, como se acostumbra generalmente en nuestros campos; y después de rezadas las oraciones de la noche y hecha la meditación me acosté a dormir, teniendo la imagen de la Santísima Virgen cerca de mi lecho, y tomadas las medidas necesarias para celebrar el día siguiente.

Fiesta (entonces de precepto) de la Presentación del Niño Jesús en el templo y la Purificación de la Santísima Virgen. Con esta preocupación, al día siguiente, me desperté muy temprano: serían las cuatro y media de la mañana, cuando todo yacía aún sumido en profunda oscuridad.

Pero desperté lleno de terror y sorpresa, porque vi iluminada mi habitación, a media luz, y, lo que es más todavía, me vi a mí mismo convertido en un niño pequeñito, como de pechos y en brazos de una majestuosa Señora, llena de hermosura y gracia, que con amor verdaderamente maternal me estrechaba contra su pecho.

Al momento advertí que esa amabilísima Señora era la Santísima Virgen; mi alma se encendió en amor a Ella, pero cuando quise manifestarle mi amor, desapareció la visión que no duró sino unos pocos instantes, pero sí lo suficiente para que advirtiera ya que ese niño era yo mismo y que la Santísima Virgen era mi Madre que, como tal, me llevaba en sus brazos y me amparaba, me protegía contra todos mis enemigos, y

Autobiografía (Vida Espiritual) 121

defendía de las asechanzas que ellos me armaban para perderme y hasta quitarme la vida. Los sentimientos de amor y gratitud que, entonces y aún ahora mismo, llenaron y llenan mi alma, para con esta incomparable y dulcísima Madre, no los podré expresar jamás, como no podré, tampoco, pagar nunca la inmensa deuda de reconocimiento que he contraído con la Reina del cielo, por haberse dignado manifestarme, de manera tan clara y expresiva, que Ella es mi verdadera Madre, en el orden espiritual, que me lleva en sus brazos, como a niño pequeñito que soy, en dicho orden, y que me ampara.

Gracia tan grande y tan inmerecida, pues era yo totalmente indigno de ella, ha labrado en mi corazón una fuente de imponderable y perenne gratitud con la Santísima Virgen; pues ha querido la divina bondad que se realizara en mí, a la letra, aquel texto del profeta Isaías: *ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis* (LXVI, 12): "A los pechos (de la Madre de Dios) seréis llevados, y acariciados sobre su regazo".

Lo que acabo de referir se verificó, no en una visión imaginaria ni espiritual, sino en visión real y corporal hallándome plenamente despierto y en uso actual de todos mis sentidos y potencias.

Otra gracia no menos excelente que ésta, pero sólo en visión imaginaria, pues me hallaba dormido cuando la recibía, aunque las potencias de mi alma estaban tan despabiladas y despiertas, como se encuentran ahora que escribo estas líneas. Tuve esta visión el 19 de Agosto de 1906,

a la madrugada, esto es, un cuarto de hora antes de las tres de la mañana. De esta visión tengo escrito un pequeño recuerdo o memoria en mis papeles privados y, así, limitaré a reproducir aquí esas apuntes que tuve el cuidado de hacerlas, para no olvidarme, el día mismo en que recibí esta gracia.

"Agosto 19 de 1909.- La madrugada de hoy (un cuarto de hora antes de las tres de la mañana) tuve una bellísima visión, en que me parece he recibido una de las gracias espirituales más grandes que jamás se me hayan otorgado en toda mi vida; por lo mismo, el recuerdo de esta gracia, al par de la que recibí en Jer, el día 2 de Febrero de 1899, vivirá perpetuamente en mi alma hasta mi muerte... "

"A la hora dicha, estaba en mi lecho, con todas las potencias de mi alma más despiertas y vivas que nunca, cuando tuve esta visión..."

"Me parecía encontrarme dentro de la Iglesia Catedral de Cuenca, junto a las gradas que hay allí para ascender al presbiterio... Allí, donde están el trono y el dosel del obispo, en vez del trono se veía un calvario; me fijé especialmente en una hermosa imagen de Nuestra Señora de los Dolores que estaba de pie a la derecha del Cristo y advertí que a esa tan bella imagen de la Santísima Virgen la estaban adornando como para una próxima fiesta.

Movido de una tierna devoción a la incomparable Reina, me postré (en el sitio en que yo estaba, esto es, ante las gradas del presbiterio), cuan-

Autobiografía (Vida Espiritual) 123

do he aquí que desapareció el Calvario y se me presentó la Virgen Dolorosa, no ya de pie sino sentada en una silla, colocada en la mitad del plano del presbiterio; la Inmaculada y Dolorosa Reina miraba de frente al pueblo y tenía las espaldas vueltas al altar mayor.

Púseme a contemplar a la bella y majestuosa Emperatriz de la gloria, con sentimientos de profunda piedad, mezclados con un santo terror y grande respeto, pues ahora no era ya una imagen o estatua de la que yo contemplaba, sino la Santísima Virgen, en persona, lo que se me representaba, esto es, como una persona viva que habla, se mueve, etc.

Hallábame así postrado en oración y, sumido en mi propio aniquilamiento, cuando vi que la Santísima Virgen me llamaba y, con gracioso ademán, en que resplandecía dulzura y majestad, me ordenaba acercarme a Ella. Al instante volé a ponerme delante de la Reina del Cielo, poseída mi alma de indecible amor a esta incomparable y dulcísima Madre. La Virgen Santísima tenía en la mano izquierda su Corazón levantado en alto.

Al postrarme delante de la Reina celestial, clamé en voz alta y dije: "¡Madre mía, bendíceme!". "Sí", contestó María; entonces, tomando su Corazón dulcísimo con ambas manos, como toman los sacerdotes la Custodia, para dar al pueblo la bendición con el Santísimo, me bendijo la soberana Reina, con su Corazón Inmaculado y maternal, haciendo una cruz bien

grande y muy bien trazada, sobre mí, que al punto incliné mi cabeza hasta la tierra”.

“Preso, en tales circunstancias, mi alma, de profunda emoción, al levantar mi cabeza, la recliné sobre el pecho de la incomparable Reina, clamando y diciendo:

“¡Madre mía, alcánzame la gracia de que te ame, pero mucho, muchísimo!”...

Continuando mi alma como embriagada de santo fervor, después de un rato de silencio, en que quedé como estático, reclinado en el pecho de la Virgen, torné a hacerle esta otra súplica: “¡Madre mía, alcánzame que tu Hijo divino viva siempre en mi corazón!”- La bondadosísima Reina contestó: “Sí: yo haré que todas tus oraciones las hagas en mi Hijo divino y que por El las eleves al Padre”. Y desapareció la visión”.

“Quedé con profunda pena de que hubiese durado tan poco una manifestación tan bondadosa y tierna de la Reina del cielo que así dispensa los favores y gracias de que su Hijo divino le ha constituido tesorera y dueño, aún a los más pobres y míseros pecadores. *¿Quid retribuam Domino pro omnibus qui retribuit mihi?*. . . ¿Con qué pagaré al Señor o de qué manera le corresponderé por todas las mercedes que me ha hecho?... ¿Cómo demostraré mi gratitud a la Reina del cielo, por sus indecibles bondades para conmigo?...”

Después de la dicha de reposar sobre el Corazón Santísimo de Jesús, dicha inefable que fue concedida a San Juan Evangelista, indudablemente no

Autobiografía (Vida Espiritual) 125

hay otra mayor que reclinarse sobre el Corazón dulcísimo de María y esta incomparable dicha me ha concedido la Virgen Santísima, por dos veces en mi vida; y espero que a la hora de la muerte, esta dulcísima Madre me concederá el mismo favor, de expirar en su regazo.

DE OTROS FAVORES Y GRACIAS
DE QUE SOY DEUDOR
A LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Es doctrina de la Iglesia Católica, apoyada en las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de muy ilustres y eminentes doctores, que no hay gracia del cielo que nos venga, si no es por la mediación poderosa de la Emperatriz de la gloria; por consiguiente, todo cuanto somos y tenemos lo debemos a la Virgen Santísima.

Pero fuera de estos favores generales hay otros especialísimos que esta excelsa Reina reparte y distribuye como es de su soberano agrado; es de estos últimos de que ahora quiero hablar, para tributar mi homenaje de gratitud a tan bondadosa Bienhechora y para que, recordando de continuo gracias tan excelentes, pueda yo sacar de ellas el debido provecho espiritual, que, seguramente, se propuso la Virgen Inmaculada al dispensésemelas.

Aquí no voy a recordar todas esas gracias que ello sería interminable, sino sólo aquellas cuya memoria pueda redundar en mayor bien de mi alma.

Autobiografía (Vida Espiritual) 127

1° Durante mucho tiempo, que fue por espacio de algunos años, me parecía que era yo un niño pequeñito (y sin embargo era ya sacerdote), a quien la Santísima Virgen andaba a llevar consigo, trayéndome de la mano. Sentía una inexplicable delicia en ello y era mi mayor gozo cubrir de ósculos esa mano bondadosísima de mi Madre Celestial, andar siempre y a todas partes en su amabilísima compañía, cubierto con su manto y amparado por su real protección.

Ha sido y es ahora mismo, para mí, una jaculatoria dulcísima y de mi mayor encanto repetir frecuentemente a María esas palabras del salmo (1. 22, 24): *Tenuisti manum dexteram meam; et in voluntate tua deduxisti me, et cum gloria suscepisti me*: Me has asido de la mano derecha, para guiarme según tu voluntad y, finalmente, me has de conducir hasta el santuario de la eterna gloria. ¿Ni qué podré temer yo si la Santísima Virgen me sostiene con su diestra soberana?... Dirigido y amparado por esta excelsa conductora, pasaré ileso por medio de los peligros formidables que ponen en inminente riesgo nuestra eterna salvación.

2° La Iglesia aplica a la Santísima Virgen este texto del libro sagrado del Eclesiástico: *Et dixit nihi (Creator omnium): In Jacob inhabita, et in Israel haereditare, et in electis meis mitte radices* (24, 13): "arráigate en medio de mis escogidos".

Este texto de la Sagrada Escritura tuvo su aplicación en mí, de la siguiente manera. No sé desde cuándo, ni con qué ocasión, pero sí durante

mucho tiempo, me dominó una idea: me parecía que yo era un vaso de barro, algo así como una maceta, en que Dios había plantado un bellissimo y florido rosal que era la devoción a la Santísima Virgen, y que las raíces de ese precioso arbusto habían penetrado todas las profundidades de mi ser espiritual, hasta los más íntimos senos y repliegues, hasta no quedar resquicio alguno que estuviese vacío de esta raíz bendita.

La Santísima Virgen lo llenaba todo: *et in electis meis mitte radices*. Si venía un mal pensamiento no había, para él, lugar en mi alma; y, si un afecto torcido o pecaminoso, tampoco lo había para él: el pensamiento de María Santísima y el amor a Ella llenaban en su plenitud todas las cavidades de mi espíritu, si pudiera expresarme así.

Esta idea causaba en mí un grandísimo júbilo, pues las mayores y más seductoras tentaciones, así que se presentaban en mi imaginación cuando desaparecían de ella, pues la Virgen Santísima tenía ocupada toda la casa de mi alma.

Como árbol frondoso y fuerte, cuyas raíces de acero, a semejanza de una tupida cabellera, penetran en las entrañas de la tierra y se apoderan de todo cuanto se pone a su alcance y lo encierran y aprisionan entre las impenetrables mallas de su red, así la devoción a la Santísima Virgen se había adueñado de todos los sentidos de mi cuerpo y de todas las potencias de mi alma.

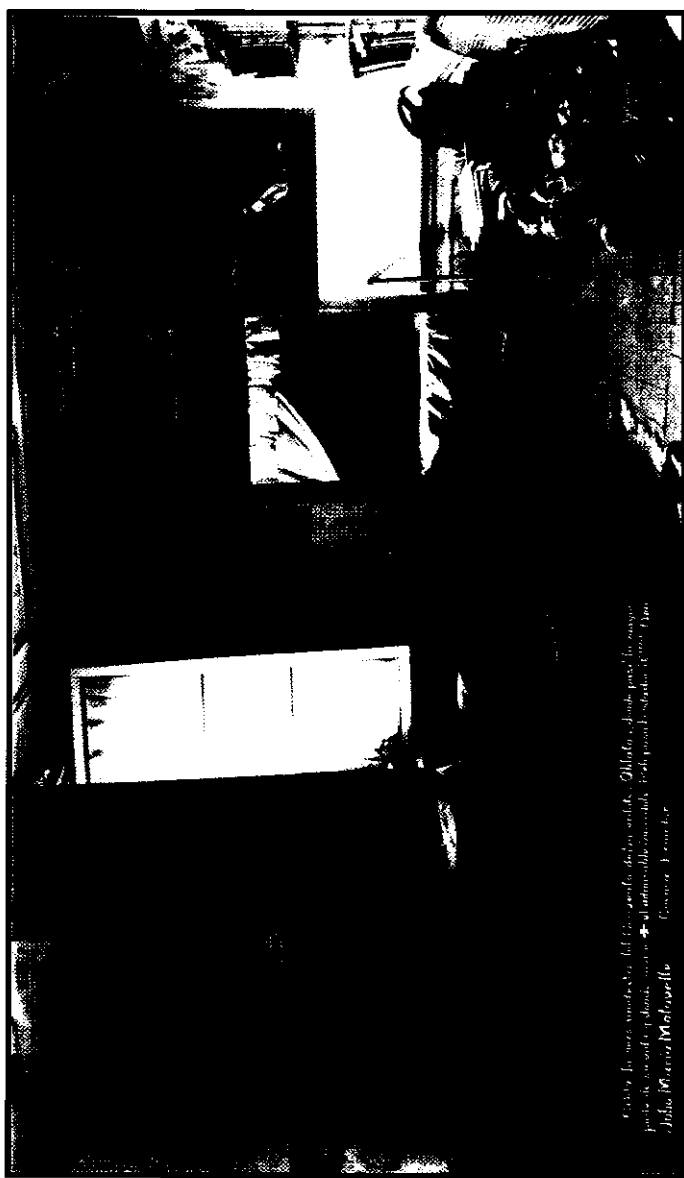
Esta hermosa idea o mejor dicho, esta preciosa inspiración del cielo, si yo la hubiese puesto en práctica debidamente, habría realizado la santificación

Autobiografía (Vida Espiritual) 129

de mi alma, en brevísimo tiempo; pero desgraciadamente no ha sido así. Apunto en este escrito estas gracias, para que su recuerdo me estimule a salir de mi vida lánguida y tibia, y a corresponder mejor en adelante a los beneficios de Dios y de su Santísima Madre.

3° Una de las representaciones de la Santísima Virgen más provechosas a mi alma y más de mi gusto es la que nos muestra a esta admirable Reina, bajando del Calvario, en compañía de San Juan y las santas mujeres.

Yo me he imaginado siempre, y hasta ahora lo hago así, que formo parte de esta santísima comitiva: mi puesto en este mundo está ya elegido para siempre, hasta el último instante de mi vida: yo habito en el Calvario y estoy de pie junto a la Santísima Virgen; y, si bajo del Calvario, es para acompañar a la Reina dolorosa en su angustiada soledad; yo estoy siempre entre la piadosa comitiva que acompaña a la Santísima Virgen, sea que esté en el Calvario, sea que descienda de él.



Habitación del Padre Julio María Matovelle

Datos biográficos manuscritos por el Padre Julio María Matovelle
 ...
 Fue ordenado de ...
 ... un lunes de Setecientos
 ... de Junio de 1879; dos días
 después, el 4 de Junio, fiesta de
 San Francisco Boracido, fue
 ordenado de subdiácono, y el
 sábado siguiente, siete de Ju-
 nio, de diácono. Fue ordenado
 de Presbítero el 21 de Febrero
 de 1880, día en que se celebró enton-
 ces la fiesta de San Ignacio Mártir.
 Canté mi primera Misa el Tuesday
 Santos de 1880, que en aquel año se
 celebró el 25 de Marzo, fiesta de la
 Anunciación. Desfalleció el 13 y murió el 18 de junio de 1927.

Datos biográficos manuscritos por el Padre Julio María Matovelle



Sra. Juana Maldonado de San Juan.
madre del Padre Julio María Matovelle



Sr. Dr. Dn. Julio María Matovelle, antes de ingresar a la vida religiosa.

En la misma fecha, hice saber al
 al Diacono Sr. Don
 en su persona y firmo
 Julio Matovelle

Cuenca, Febrero 16 de 1900.

Comprobada la idoneidad del peticionario por
 medio del examen que ha sufragado en Cuenca
 se le acepta al Sagrado orden del Presbiterado,
 el que se le confiere el dia 27 de lo, comian-
 tes en la Iglesia Catedral, a las seis y media de
 la mañana. M. o. p. se le dispensan los
 estudios en la parte que falta para com-
 pletar el año desde que recibió el Diaconato.
 Notifiquese con el presente auto a quienes
 corresponden.

Permitido, H. o. p. n. p.
 Cuenca

En la misma fecha, hice saber el auto an-
 terior al Diacono Sr. Don Julio Matovelle en
 su persona; lo certifico.

Julio Matovelle

Vicario
 H. o. p. n. p.

Auto de Ordenación Sacerdotal del Padre Julio María Matovelle.

Curso elemental
 de
 Ciencias políticas.

Por el Presbítero Julio María Matovelle.

Cuenca - 1904.

Como 1.

Manuscrito del Padre Julio Matovelle sobre un Curso Elemental de Ciencias Políticas



Padre Julio María Matovelle



Padre Julio María Matovelle, el 18 de Junio de 1929, día de su muerte.



Padre Julio María Marovelle



Padre Julio María Marovelle fundador del Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, Noviembre 4 de 1920

Sr. Dr. Julio Matovelle

en varias

Asambleas legislativas
del
Ecuador.

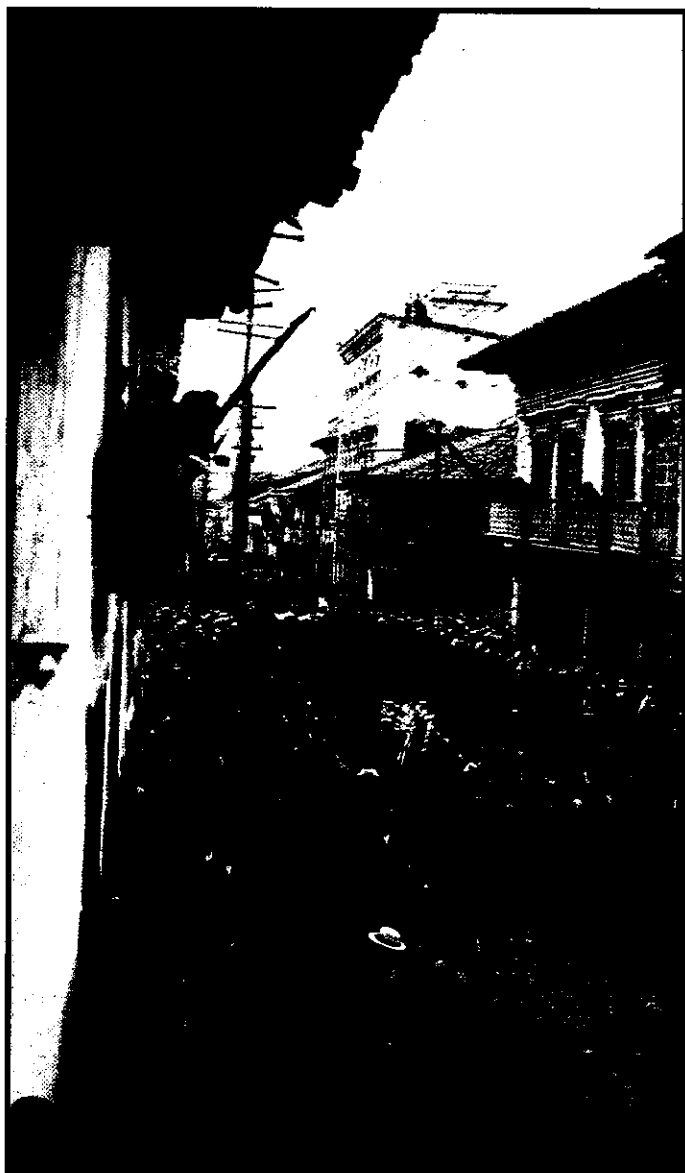
Manuscrito del Padre Julio Matovelle sobre sus Discursos
Parlamentarios

María es mi Madre

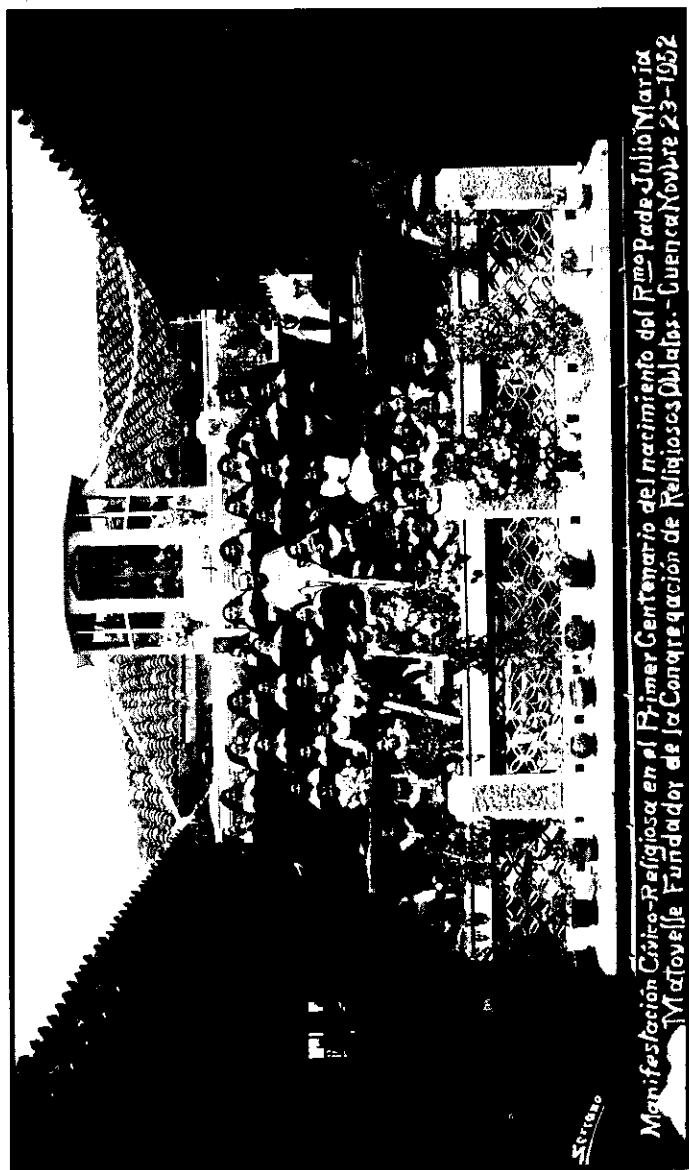
Memoria
de algunos beneficios especiales
que he recibido de la
Virgen Santísima.

Cuenca, Enero 1º de 1904.

Manuscrito del Padre Julio Matovelle sobre el tema María es mi Madre

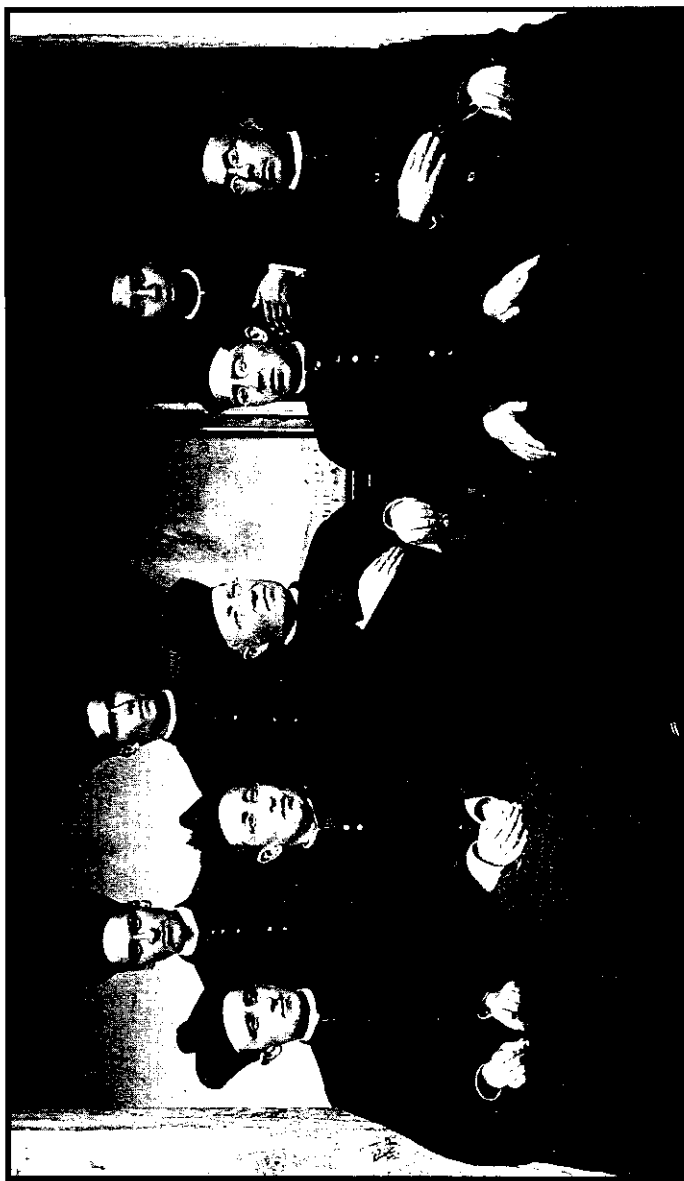


Traslado de los restos del Padre Julio María Matovelle el 21 de Junio de 1929.



Manifestación Cívico-Religiosa en el Primer Centenario del nacimiento del P^{mo} Padre Julio María Matovelle Fundador de la Congregación de Religiosos Oblatos. - Guayaquil, Noviembre 23-1952

1952, Celebraciones del Centenario del nacimiento del Padre Julio María Matovelle



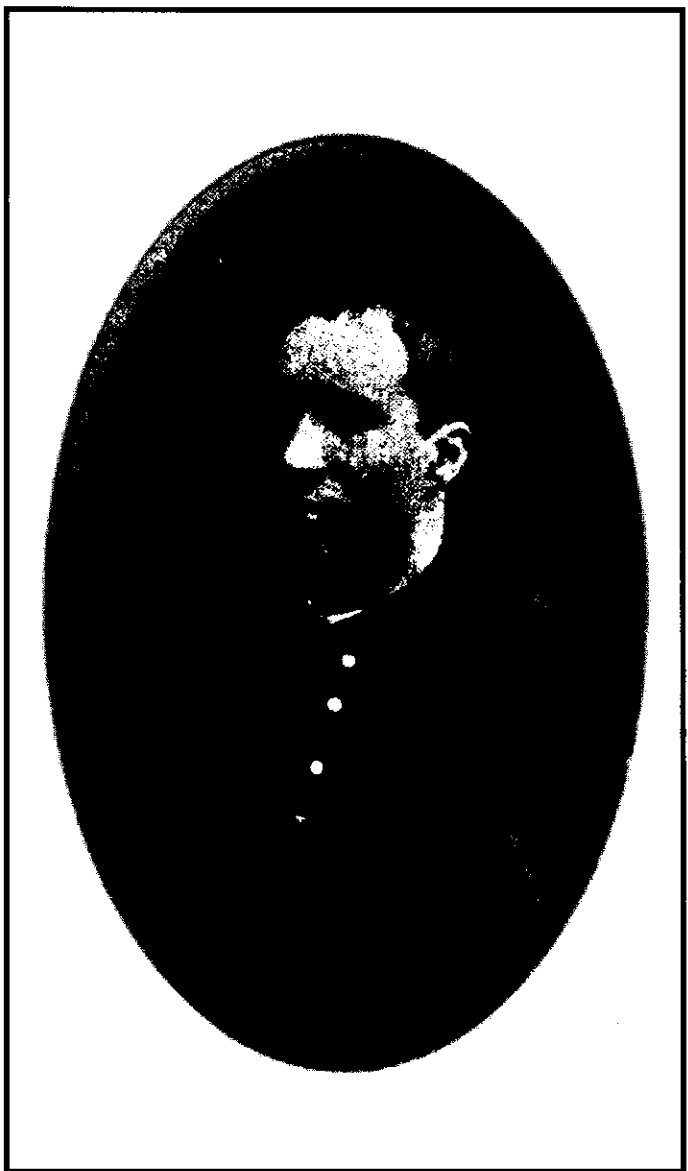
Padre Julio María Matovelle y sus religiosos oblatos



Padre Julio María Matovelle



Paños y ligaduras empleados en la Ordenación Sacerdotal del Padre Julio María Matovelle.



Julio María Matovelle, sacerdote.

" ... quédame al menos el
consuelo de que con pleno y
deliberado consentimiento, me
parece, no haber ofendido a mi
Dios gravemente desde que me
hice Sacerdote."

Julio Maronelli